
EL MISTERIO DE LA MISION
SILVERTON
J. NEGRI O'HARA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

J. Negri O'Hara

EL MISTERIO DE LA MISIÓN SILVERTON



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Dep. legal. V. 2146 - 1961

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA — VALENCIA

Núm. Rgtro.: 3.840 — 1959

EL MISTERIO DE LA MISIÓN SILVERTON



Introducción

Es prerrogativa admitida al novelista apoyarse en hechos reales, creando, empero, personajes y situaciones totalmente imaginarios.

Según puede comprobarse en todas las colecciones de periódicos de la época, en el año 1948 descendió un aparato de características desconocidas en el Estado de Colorado (EEUU), a 800 kilómetros de Denver.

Fue enviada una comisión integrada por técnicos especializados para observar los restos del misterioso aparato. Poco después, el profesor y geofísico norteamericano, Silas Newton, declaró en la Universidad de Denver que dentro de la cabina de pilotaje se hallaron dieciséis cadáveres de pequeños seres de una constitución física reducida a la proporción de 80 a 90 centímetros de altura.

El aparato volador estaba construido con un metal ligero y brillante, pero muy resistente. Sometido a una caloría de 10.000 grados no acusó alteración alguna. Posteriormente, el público no ha vuelto a recibir noticias sobre el caso.

La narración que sigue se funda, ligeramente, en este hecho.

CAPÍTULO PRIMERO

Una extraña llamada

Al descender del avión que le condujo hasta El Cairo, James Kent miró curiosamente a su alrededor.

Aparte del espectáculo frecuente en todos los campos de aterrizaje a la llegada de los aviones de línea, no halló otra variante que alguno que otro aislado y vistoso uniforme de los funcionarios egipcios.

Volvió a leer el cablegrama oficial que había recibido. Sabía que alguien le estaba aguardando, y esperó unos instantes a que los viajeros despejaran la pista alejándose hacia la salida.

Un hombre de mediana edad, de rostro cetrino, vistiendo americana blanca y pantalón gris, se le acercó entonces. Quedó detenido a unos pasos de distancia y le preguntó, cortésmente:

—¿Señor Kent?

Ante el asentimiento de éste su actitud se hizo más cordial.

—¿Tuvo buen viaje, señor? Mi nombre es Benselaki. Soy funcionario del Gobierno egipcio y estoy a su completa disposición.

—Gracias.

—Si tiene la amabilidad de seguirme le guiaré al “Continental Hotel”. Tengo el coche aparcado a la salida. Me he permitido dar órdenes para que trasladen su equipaje al hotel.

Kent siguió al desconocido en silencio. El hombre parecía deseoso de entablar conversación, y, desde luego, mostraba para con él una obsequiosidad ostensible haciendo frecuentes inclinaciones con su enjuto cuerpo.

El coche los condujo rápidamente, a través del no muy denso tráfico, hasta el “Continental Hotel”. Todo parecía estar previamente dispuesto para su llegada.

Fue alojado en un amplio apartamento que constaba de dos habitaciones y cuarto de baño. Benselaki se apresuró a correr la persiana de un ventanal abierto, evitando con ello el deslumbrante resplandor solar que les llegaba de la calle.

La habitación quedó sumida en una agradable y fresca penumbra.

—Pueden servirle la comida aquí si así lo desea —le informó Benselaki, señalando hacia un teléfono de mesa—. Estoy alojado en la habitación contigua a la suya. Tan pronto se halle instalado y descanse suficientemente nos trasladaremos al Departamento de Investigaciones. El profesor Sabahi espera nuestra visita.

—No estoy cansado —afirmó Kent—. Tomaré algún bocado y cambiaré de ropa. Seguidamente podemos partir.

—Bien, señor Kent. Voy a pedir le suban el equipaje.

Con una inclinación de cabeza, salió silenciosamente.

Al quedar solo, Kent tomó asiento en un cómodo sillón de moderno estilo italiano, y comenzó a fumar un cigarrillo.

Recordó la extraña llamada del Departamento de Investigaciones egipcio, el cual le requería para un asunto de gran interés. Desde luego, la remuneración ofrecida era, por demás, aceptable. La Dirección del Instituto de Egiptología, en Washington, le autorizó para el desplazamiento, y ahora se encontraba en El Cairo sin sospechar siquiera para lo que se le requería, en espera de entrevistarse con el profesor Sabahi, una autoridad mundial en materia de investigaciones arqueológicas.

Para Kent, representaba un honor haber sido solicitado en esta ocasión. Por lo menos, él así lo opinaba; mas la realidad era que, pese a sus treinta y dos años, los trabajos de Kent sobre egiptología le habían ganado una bien merecida estimación en los círculos arqueológicos mundiales.

Tras llegar el equipaje, tomó un baño y alguna comida que le sirvieron en aquella habitación. Dos horas después iba sentado junto a

Benselaki, que manejaba el volante, en dirección al Departamento de Investigaciones.

Esta institución, creada por el Gobierno egipcio para la conservación y vigilancia del patrimonio artístico, era dirigida por el profesor Sabahi.

Estaba instalada en un amplio y acondicionado edificio de moderna concepción, cuya planta baja era la destinada a museo público. La planta principal, ocupada por el personal técnico, era la que podría denominarse cuartel general de Sabahi.

Al hallarse Kent en presencia del profesor sintió una emoción que tenía mucho de sobrecogimiento. No conocía a Sabahi personalmente, sólo había visto su fotografía en revistas científicas; pero aquella venerable figura, con su barba cana, nariz aguileña y rostro arrugado, infundía respeto y admiración.

Los ojos del profesor aún seguían siendo jóvenes. Pequeños, intensamente negros y vivaces, le prestaban una energía dinámica y juvenil a aquel rostro ya ajado por los años. Quedaron fijos, penetrantes, en Kent, mientras estrechaba la mano de éste. Benselaki estaba presente en la entrevista que se celebraba en el despacho del profesor.

—Admirable, señor Kent —dijo éste—. Agradezco mucho que haya venido. Es un honor para mí el conocerle personalmente —su rostro parecía iluminado por una animación desconocida—. Tome asiento, por favor. Y usted también, Benselaki.

Quedaron sentados los tres en unos bajos y confortables asientos, teniendo ante sí una artística mesita de ébano con incrustaciones de laca.

El profesor Sabahi miraba aún intensamente a Kent. Tras esta muda observación, comenzó a hablar:

—Supongo estará intrigado por este insólito requerimiento. Le debo una explicación y voy a dársela. Escuche.

Kent prestaba atención. El profesor Sabahi irradiaba gran

simpatía. Era afable, sencillo, y nada hacía suponer en su modestia que era un hombre consultado por prestigiosos sabios de todo el mundo, en asuntos de su especialidad.

—Bien. Lo explicaré lo más sucintamente posible —dijo—. Ya sabe que el valle de la orilla occidental del Nilo, conocido por Tumbas de los Reyes o Biban-el-Muluk, ha sido, durante años, el campo de operaciones de esa plaga que se hace llamar científicos. El Gobierno egipcio ha tomado severas medidas contra esos expoliadores del patrimonio nacional. Permite, eso sí, excavaciones a grupos de arqueólogos perfectamente reconocidos como tales. Pero siempre quedando aquí el resultado de sus descubrimientos, que pasan a ser del dominio público.

El profesor tomó una ligera pausa antes de proseguir.

—Hasta ahora todo marchaba bien —continuó—. Últimamente solicitó, y obtuvo permiso para unas excavaciones, un grupo de arqueólogos ingleses dirigido por Richard Silverton, ese osado aventurero que acomete toda clase de empresas. ¿Y sabe cuál es ahora su objetivo?

Quedó mirando a Kent y éste denegó con la cabeza.

—Está siguiendo al pie de la letra todo lo que usted escribió sobre la posible localización de la tumba de Amrod, el gran sacerdote.

—Muy interesante —opinó Kent súbitamente animado.

—Y los hechos han venido a demostrar hasta ahora que usted no estaba equivocado. Parte de la tumba ha sido localizada, enterrada en la arena. No le pasará desapercibida la importancia que puede tener ese descubrimiento.

—¡La tumba de Amrod! —se mostró Kent sorprendido.

—En efecto. Los primeros trabajos han dejado al descubierto la antecámara y una cámara lateral. Queda aún por descubrir la cámara mortuoria, que debe guardar valiosos tesoros artísticos y el sarcófago conteniendo la momia del propio Amrod. Pero... —aquí, el profesor Sabahi, titubeó. Continuó después, lentamente—: Los trabajos, que

antes se realizaban a un ritmo acelerado, han sufrido una inexplicable paralización. Benselaki, que es el agente de Investigación designado como representante del Gobierno para inspeccionar las excavaciones, podrá explicárselo mejor.

El aludido se dispuso a hablar. Kent desvió la vista del profesor para fijarla en Benselaki.

—Ciertamente; es extraño —aseguró éste—. Tras el descubrimiento de la antecámara y cámara lateral era de suponer que los trabajos se acelerarían para descubrir la cámara mortuoria, realmente la más interesante. Sin embargo, no ha sido así.

Ofreció un cigarrillo a Kent y él tomó otro. El aromático humo se elevó en la habitación en volutas azuladas.

—El señor Silverton, jefe de la expedición —reanudó el relato Benselaki—, me explico las dificultades halladas para atravesar un muro de granito. Ahora están dedicados a limpiar de arena la cámara lateral. Esperan la llegada de un arqueólogo alemán para proseguir los trabajos. No obstante...

—Perdone, Benselaki —le atajó el profesor Sabahi—. En pocas palabras, señor Kent, sospechamos que Silverton está preparando algún plan para escamotear algunos de los tesoros que se encuentren en la tumba. La llegada de ese arqueólogo alemán puede no ser más que un pretexto para ganar tiempo. Y estamos decididos, firmemente, a que no salga de Egipto ninguno de esos hallazgos.

—Bien —aprobó Kent—. ¿Y qué es lo que se pretende de mí?

—Escuche, señor Kent. Mis años no me permiten hacerlo personalmente, como hubiera deseado. He pensado en usted. Por sus trabajos sé la opinión que tiene sobre estas cosas. Es un convencido de que los patrimonios artísticos deben quedar en sus países de origen, ¿no es así?

—Así es, en efecto. Siempre he sostenido...

—No necesita esforzarse en explicarlo —le interrumpió Sabahi con una ligera sonrisa. Aquel hombre era un manojo de nervios a

pesar de su edad. Habló rápidamente—: Concurren, además, otras circunstancias. Richard Silverton está siguiendo todas las indicaciones que usted expuso en su trabajo sobre la tumba de Amrod, y es natural que usted se muestre interesado por ello. Por otra parte, es usted el hombre al que actualmente considero con más capacidad y conocimientos sobre egiptología. No podrían escamotearle nada por leve que fuera. He contado con su colaboración aun antes de consultarle.

—Es inmerecido su elogio, profesor. Sin embargo, puede contar conmigo.

—Gracias. Le expondré mi plan. A Benselaki, pese a su gran voluntad, dicho sea con perdón, le faltan conocimientos sobre esta rama. Mañana se trasladará con él al lugar de las excavaciones. Puede darse a conocer a Silverton y mostrarse interesado por los trabajos. Irá como invitado por nuestro Gobierno. Benselaki, como agente egipcio, tiene instalado un pabellón en el campamento. En él puede alojarse el tiempo que considere necesario. Benselaki estará directamente a sus órdenes.

El profesor se acarició lentamente la barba como repasando mentalmente si se le había olvidado decir algo. Finalmente, recomendó:

—¡Ah! Excuso decirle que cualquier decisión que tome cuenta con mi aprobación y con el apoyo del Gobierno. Investigue discretamente sin dejarlo sospechar. No queremos, de todas formas, quedar mal con los ingleses.

—De acuerdo. Haré lo posible por complacerle.

—Y no deje de comunicarme cualquier anormalidad que observe. Sobre todo, el menor intento de trasladar algo fuera de las instalaciones.

—Así lo haré, profesor.

—Cuente con mi personal estimación y con la del Gobierno egipcio, señor Kent.

La entrevista había terminado. Kent fue acompañado por el profesor y Benselaki hasta el museo de la planta baja, donde le fueron mostrados algunos interesantes objetos descubiertos.

Y cuando, horas después, saboreaba una fresca cerveza en un pintoresco bar de la calle Shari Kamil, junto con Benselaki, que resultó ser un agradable acompañante, Kent se dejó envolver por el encanto de aquel atardecer en el que ya la proximidad de la noche ponía tintes cárdenos.

Sabiendo la misión a que le destinaban, su espíritu se había tranquilizado de la natural inquietud originada por la imprevista llamada. Todo quedaba reducido a una discreta investigación respecto a unas excavaciones arqueológicas.

Y como a él le apasionaban estos asuntos, sonrió satisfecho.

Porque él no podía sospechar en absoluto que se hallaba en el umbral de un misterio desconcertante que no tenía relación alguna con la arqueología ni... con este mundo.

CAPÍTULO II

El campamento de Silverton

Las instalaciones eran provisionales. Aun así, su enclavamiento había originado un desembolso más que suficiente como para edificar un rascacielos en una importante vía neoyorquina.

Y no por su lujo, precisamente, sino porque el traslado del material y equipos necesarios, amén del instrumental, hasta aquel alejado paraje, así lo había exigido.

En aquel cálido clima el pabellón ocupado por Silverton reunía ciertas comodidades. Comodidades muy discutibles, desde luego, según opinión del propio Silverton. Mas él se encontraba como el pez en el agua.

Richard Silverton era, en la actualidad, el último descendiente de una estirpe de legendarios viajeros que hicieron ondear triunfalmente

los colores de “John Bull” en los más desconocidos e inexplorados lugares. Pertenecía a esa clase de aventureros tan del gusto de los ingleses.

Aunque el Gobierno inglés, que ya sabía la cantidad de libras que costaban las magníficas ideas de Silverton, había sacrificado por esta vez el orgullo nacional con tal de no desembolsar ni un penique para aquella problemática empresa. Por otra parte, ya conocía el escaso producto económico que le habían reportado otros anteriores triunfos de Silverton. Y el espíritu inglés es práctico...

Por este motivo, Richard Silverton hubo de luchar denodadamente esta vez hasta hacer valer su última idea. Fue el Instituto Arqueológico quien quedó prendido en su convincente y fantástica elocuencia, y financió el intento que, según opinión de los entendidos, constituiría un rotundo fracaso.

Desde los colaboradores hasta el material y medios de transportes les fueron puestos a su disposición con una prodigalidad admirable.

La empresa, innegablemente, se lo merecía. Nada menos que dejar colocada simbólicamente otra victoriosa bandera; esta vez en las proximidades del Nilo. Y dar a conocer al mundo, sencillamente, el lugar donde se hallaba la tan buscada y nunca encontrada tumba de Amrod, el gran sacerdote que había reinado sobre Egipto a principios de la vigésima dinastía.

Aquella mañana el campamento parecía abandonado.

Únicamente a la llegada del coche conducido por Benselaki, el vigilante de la entrada se levantó con desgana. Al reconocer al recién llegado efectuó un ligero saludo y volvió a su asiento.

Benselaki se volvió hacia Kent y le explicó:

—Se ha montado vigilancia en evitación de las visitas de los curiosos. Entorpecen los trabajos.

—Es conveniente —hizo observar Kent—; porque al mismo tiempo vigilan la salida del campamento.

—Es usted muy observador, señor Kent —admitió Benselaki con una sonrisa al advertir la ironía de las palabras.

Silverton les recibió inmediatamente. Se hallaba sentado tras una mesa en la que podían verse extendidos algunos planos. Él sostenía en la mano un compás con el que tomaba medidas.

Al entrar los visitantes, se incorporó, quedando de pie. Entonces pudo Kent comprobar la alta estatura del inglés. Con ser más bien alto, su cabeza quedaba a la altura de los hombros del otro.

Silverton poseía un rostro enérgico y audaz al que el prominente mentón prestaba firmeza. Representaba unos cincuenta años. El cabello alborotado le daba un aspecto singular. Y los ojos azulados, fríos e inquisitivos, producían una molesta inquietud en la persona por ellos observada. No obstante, la personalidad de Silverton era indiscutible.

Tras la presentación que hizo Benselaki, estrechó la mano de Kent sin entusiasmo.

—¿Desean tomar algo? —preguntó, haciendo un leve gesto para que tomaran asiento.

—No, gracias. No acostumbro a beber tan temprano —replicó Kent.

—Una prudente medida, según los nativos de este país —manifestó Silverton—. Ellos no lo hacen hasta la caída de la tarde. En las heladas mesetas del Tibet opinarían de otra manera.

—Desde luego; es de suponer.

—Créame, señor Kent. Aquello es un infierno. A no ser por el alcohol, quedaría helada hasta la médula...

—Dispense, señor Silverton —interrumpió Benselaki la explicación de éste. El egipcio conocía la irreprimible elocuencia de aquel inglés—. Olvidé algo en la presentación. El señor Kent ha sido invitado especialmente por el Gobierno de mi país para visitar las excavaciones que se realizan. Es un eminente egiptólogo, autor de los trabajos sobre la posible localización de la tumba de Amrod.

—¡Por San Jorge! —exclamó Silverton súbitamente interesado—. ¡Naturalmente! ¡Kent! ¡James Kent! ¿Cómo no caí antes en ello? Soy un perfecto tonto. Celebro conocerle, señor Kent.

Estrechó de nuevo la mano de éste, como si no lo hubiera hecho hacía unos instantes.

—Fíjese —señaló una estantería repleta de libros—. Tengo ahí toda su obra respecto a Amrod. Me ha prestado una valiosa ayuda. Aquí, para nosotros, casi he seguido al pie de la letra todas sus indicaciones. Estaba en lo cierto.

—¿Y el resultado...?

—No puede ser más halagador. Ya sabrá que hemos descubierto dos cámaras, pero queda aún mucho por hacer.

—¿Y qué le hace suponer se trate de la tumba de Amrod?

—¡Cielos! —Silverton le miró con sobresalto—. ¿Y usted lo pregunta? ¿Qué otra podría ser? Hemos hallado algunos vasos canopes y curiosas inscripciones, que aún no están descubiertas totalmente, en la cámara lateral. Pero, desde luego, hacen referencia a Amrod.

—Eso no es suficiente, como sabe. Casi todas las inscripciones de aquel tiempo hacen referencia a los sacerdotes de Amón. ¿Cuándo supone llegarán a la cámara mortuoria?

Los ojos de Silverton perdieron, de pronto, su animación. Fue una cosa fugaz y casi imperceptible, mas Kent percibió la dureza acerada e inexpresiva que adquirieron aquellas pupilas.

—¿La cámara mortuoria? —repitió Silverton lentamente—. ¡Ah, sí! Hemos tropezado con un serio inconveniente. Grandes bloques de granito impiden de momento el acceso a esa cámara. Espero la llegada de un arqueólogo alemán para reanudar los trabajos. Ha llegado en mala época, señor Kent.

—¿Actualmente no están trabajando?

—Sí; desde luego. Me he quedado con algunos trabajadores que

están limpiando de arena las dos cámaras. Pero estamos a finales de mayo. El calor se va haciendo sofocante y habremos de interrumpir los trabajos hasta Octubre.

—¡Es lástima! —lamentó Kent—. Teniendo tan cerca la meta...

—No es posible hacer otra cosa. Queda, sin embargo, mucho que investigar en la parte descubierta.

—¿Son muchos los componentes de la misión? —quiso saber Kent.

—Pues... no muchos en verdad. Profesor Sidney, de Cambridge; profesor Fitter, arqueólogo; doctor Castle, anatomista, y yo... ¡Ah! También se nos unirá von Slipemberg, arqueólogo alemán a quien espero próximamente.

En aquel momento alguien entró impulsivamente.

—Papá... —comenzó a decir cuando vio a los visitantes—. Perdón —dijo, disponiéndose a salir rápidamente.

Era una mujer joven. Kent, vuelto de espalda a la puerta, la identificó por la voz.

Benselaki quedó en pie inmediatamente, siendo imitado por Kent.

—No te marches, Elisabeth. Hemos recibido visita. Señor Kent, le presento a mi hija. Había olvidado citarla, pero forma parte activa de la misión. Lo mismo descifra una inscripción que empuña la pala como uno cualquiera de los “reises”.

Hubo un breve cambio de saludos. Elisabeth poseía juventud y belleza. Algo tenía su rostro de la firmeza de su padre, aunque matizado por una ternura que lo suavizaba. Y los ojos, también azulados, eran risueños, vivaces y expresivos, sin el halo de dureza característico en Silverton.

No contaría más de unos veinticinco años. Vestía camisa y pantalón azules, que daban esbeltez y gracia a su figura. El cabello, corto y dorado, ponía un maravilloso marco al agraciado rostro.

Cambió algunas palabras con ellos y salió seguidamente.

Silverton la siguió en su marcha con gesto complacido.

—Es magnífica —alabó después—. No es porque sea mi hija. Pero posee una entereza muy difícil de hallar en una mujer.

A continuación, Silverton hizo gala de su locuacidad, y se extendió en entusiastas explicaciones sobre su última expedición al Amazonas.

Kent le escuchaba con relativo interés, cuando notó una ligera presión en el brazo. Miró disimuladamente a Benselaki, y el egipcio le dirigió un imperceptible guiño mientras le brillaba en los ojos una chispa burlona.

Aprovechando una oportunidad pudieron finalmente despedirse de Silverton, empeñado ahora en narrar sus aventuras en el desierto de Gobi.

Salieron al exterior. Un sol tórrido derramaba sus rayos sobre el campamento.

—¡Uf! —resopló Benselaki—. Marchemos a nuestro pabellón. Podemos cambiar esta ropa por otra más ligera. Hemos de quedar aquí hasta que usted disponga y debemos procurar estar cómodos. ¿Qué tal le ha parecido el señor Silverton?

—Un hombre enérgico y decidido. Tal como me lo imaginaba.

—¿Tan... locuaz, también? —insinuó Benselaki con ironía.

—¡Ah! —sonrió Kent—. ¿Se refiere a su deseo de hablar? No. No lo esperaba. Aunque tiene explicación. Sus largas andanzas por regiones desérticas hacen más comunicativos a estos hombres cuando se hallan entre seres civilizados.

—Sí; es posible. Pero opino que el señor Silverton se excede quizás un poco. Le he oído cien veces referir su expedición al Amazonas —terminó, burlón, Benselaki—. Su hija, en cambio, es discreta y encantadora.

—Realmente es encantadora —admitió Kent.

Condujeron el coche hasta el alojamiento y procedieron a

descargar el reducido equipaje.

El campamento parecía bañado, en aquella hora, por una invisible lluvia de plomo derretido.

CAPÍTULO III

Secreto enterrado

Dos días después llegaba al campamento el arqueólogo alemán esperado por Silverton. Llegó a esa hora del atardecer en que una ligera brisa barría un tanto el halo cálido que parecía fluir de la tierra caldeada.

Era un hombre relativamente joven, de tuerte contextura y frente poderosa. Su aspecto en general parecía clasificarlo entre esos seres flemáticos de reacciones tan difíciles de adivinar. Empero, algo había de dinámico en su mirada y en sus palabras que dejaban entrever un carácter impulsivo y decidido cuando llegase la ocasión.

Kent le vio llegar desde la puerta de su alojamiento. Estaba dispuesto para realizar con Benselaki otra visita a las excavaciones. Aquélla era la mejor hora para hacerlo, puesto que el calor cedía.

Observó cómo Silverton salía a recibir al alemán en unión de su hija, y la cordial acogida que le dispensó, acompañando con francas y significativas sonrisas su rápida conversación.

Elisabeth también se mostró francamente acogedora con el forastero, y cuando marcharon los tres hacia el pabellón de Silverton, éste cogió de un brazo amistosamente al alemán.

“Viejos amigos”, pensó Kent viéndoles alejarse.

Benselaki se le unió en aquel momento, y ambos se encaminaron hacia las excavaciones. En los días anteriores habían inspeccionado la parte descubierta, llegando hasta el muro de granito anterior a la cámara mortuoria. En realidad, constituía un obstáculo difícil de franquear. Sobre todo porque utilizando barrenos podrían causarse daños irreparables.

La antecámara no tenía mucho que investigar. Era amplia, cuadrangular, y, exceptuando algunas borrosas inscripciones en la piedra amarillenta, no le halló Kent ningún interés especial.

Ayudados por las potentes linternas de que iban provistos, llegaron hasta la entrada de la cámara lateral. En la parte derecha existía una inscripción algo mejor conservada, pero cubierta en gran parte por fuertes adherencias de tierra endurecida.

—Fíjese, Benselaki —le advirtió Kent dirigiendo el foco de la linterna hacia la lápida—. Esta inscripción es la que encuentro más interesante.

Hablaba con acento apagado, pero su voz tenía resonancias de bóveda.

—Hace referencia al "siervo de Amón" —prosiguió, descifrando—: "Nadie ose hollar la tumba..." "... yace aquí..." "... sacerdote Am..."

—Parece no existir duda de que se trata de la tumba de Amrod —aventuró Benselaki.

Kent movió dubitativamente la cabeza. Pasaron a la cámara lateral. Ésta era de mayores dimensiones y formaba como un amplio corredor en cuyas paredes laterales podían verse hornacinas socavadas en la piedra, aún cubiertas por la arena.

Allí estaban efectuándose los trabajos de limpieza. La arena cubría más de un tercio aproximado de la altura del pasillo, según cálculos de los arqueólogos, y hasta aquel momento habían quedado al descubierto los bustos de cuatro estatuas colosales que, de estar representadas de pie y no de rodillas como imaginaban, darían a la cámara una gran altura.

Al final de la cámara lateral algo había intrigado a Kent en sus anteriores visitas. No había hecho referencia a ello por haber ido siempre acompañado por alguno de los componentes de la misión. Y aquella era la primera ocasión en que lo hacía sólo con Benselaki.

—Lleguemos hasta allí —señaló Kent con la linterna el ángulo más alejado—. Quisiera saber su opinión respecto a algo que he

observado.

En el lugar indicado por Kent aparecía un imponente montón de arena que aún no había sido retirado por los trabajadores. Parecía más bien que éstos la hubieran ido allí acumulando al ir limpiando el pasillo de la cámara.

—¿No encuentra extraño que haya sido en este ángulo más apartado donde acumulen la arena? —preguntó Kent—. Hubiera sido más lógico hacerlo cerca de la entrada.

—En efecto —confirmó Benselaki haciendo girar la linterna—. Hubiera resultado más conveniente para llevarla al exterior.

—Algo hay aquí que no encaja. Observe que el nivel de la excavación es igual en toda la cámara. Menos aquí.

El egipcio no replicó. Silenciosamente trató de ascender por el montón de arena, resbalando por ella.

Quedó de nuevo junto a Kent mirándole interrogativamente. Las luces de las linternas lanzaban fantasmagóricos arabescos en las paredes de la cámara.

—¿Cuál es su idea, señor Kent? —susurró apenas.

Kent no respondió de momento. Parecía estar dando vueltas en su mente a una idea. Luego, como cambiando de tema, preguntó de improviso:

—¿Se encuentra capaz de empuñar una pala con vigor?

Benselaki contuvo un movimiento de sorpresa. Se repuso inmediatamente, y aseguró:

—Desde luego. Pero...

—Pues, entonces, imíteme —apremió Kent sin dejarle terminar.

De unas palas que había sobre la arena Kent recogió dos, ofreciendo una de ellas a Benselaki. Éste la recogió perplejo.

A continuación habló Kent con voz decidida.

—Fíjese la linterna al pecho como yo hago. Así. Hemos de

realizar este trabajo con toda rapidez. Sudaremos de firme.

Sin esperar a que Benselaki terminase, comenzó a dar vigorosas paladas separando la arena del ángulo de la cámara. Pronto se le unió Benselaki en la tarea.

Resultaba empresa de titanes separar aquella cantidad de arena. Ni un equipo de peones en dos o tres días de trabajo lograría hacerlo. Pero ellos continuaron con tesón admirable.

Al poco tiempo estaban cubiertos de sudor. Sus respiraciones se hicieron jadeantes, y resonaban en la cámara como el resuello de algún animal fabuloso.

Las manos de Kent, no hechas a estos rudos trabajos, pronto se resintieron, causándole dolorosas molestias. A Benselaki debía ocurrirle otro tanto, más no manifestó nada de ello. Secundaba a Kent magníficamente, sin saber siquiera lo que éste pretendía, y Kent admiró interiormente a aquel compañero egipcio tan abnegado y eficiente.

No cruzaban una palabra. El ritmo del trabajo se hizo más lento, agotadas las primeras energías.

Fue Benselaki el primero que lanzó una exclamación, al tiempo que la pala que empuñaba producía un ruido metálico al chocar con algo duro.

—¡Ah! ¡La pala ha tropezado con algo!

Excavaron esta vez con las manos hasta dejar al descubierto parte de un bloque de granito.

—Un bloque desprendido del muro —murmuró Kent—. Debe ser de este lado. Excavemos por aquí.

Nuevamente acometieron la faena con bríos. Esta vez el éxito coronó sus esfuerzos más rápidamente.

En efecto; del muro se había desprendido no uno, sino varios bloques que serían los que estaban cubiertos por la arena. La abertura dejada en el muro había sido cerrada desde el interior de la

cámara por varios gruesos maderos unidos entre sí, y sobre esta compuerta de madera había sido amontonada la arena que la ocultaba a la vista.

Tres de estos tablones habían quedado en parte al descubierto con los esfuerzos de ambos hombres. Kent intentó moverlos, resultándole imposible.

Cesó en su empeño y se dejó caer sentado sobre la arena. Benselaki, también agotado, se desplomó junto a él.

—¡Al diablo con todo esto! —refunfuñó Kent—. Hemos trabajado como dos forzados para descubrir tan sólo un desprendimiento del muro. ¡Bah!

Se rascó pensativo la cabeza y agregó como hablando consigo mismo:

—Sin embargo, ¿no es extraño que no hayan hecho mención de esto? Benselaki —dijo de pronto con excitación, como iluminado por una repentina idea—, ¿ha traído el plano que trazamos de la supuesta situación de la tumba?

—Aquí lo tengo.

Benselaki lo extrajo del bolsillo de la camisa y lo extendió a Kent. Éste desplegó el papel y dirigió hacia él el haz de la linterna.

—Bien —siguió con un dedo las líneas trazadas en el plano—. Éste es el ángulo en que nos encontramos. Y éste es el muro desprendido... —quedó en silencio, desilusionado. Agregó sin entusiasmo—: ¡Vaya! Tras este muro no debe haber nada. Sólo arena. Está fuera de los límites lógicos de la tumba.

Pero por algo el tesón de Kent para los trabajos de investigación era conocido en el mundo científico.

—En pie, Benselaki —dijo incorporándose—. Realicemos un último intento.

Dirigido por Kent, el egipcio introdujo una pala por la abertura que existía entre el muro y la compuerta de madera adosada a él. Hizo

palanca, ayudado por Kent, y trataron de separar la madera de los bloques.

Kent introdujo otra pala en la pequeña separación conseguida, y entre los dos, aunando sus esfuerzos, consiguieron separarla algo más. No era suficiente, empero, para dejar paso a un cuerpo.

Con miles esfuerzos y magullándose las manos, prosiguieron en el intento, hasta que consiguieron forzarla aún más.

Tomaron un descanso, colocando palas formando cuñas. Benselaki miró sonriente a Kent y dijo:

—Usted no puede pasar por esa abertura, si es eso lo que intenta. Ahora bien, si se compromete a mantenerla abierta unos segundos usted solo, yo penetraré por ella.

No dijo nada Kent. Golpeó tan sólo la espalda del egipcio agradeciéndole su colaboración.

—Podemos intentarlo —aventuró.

Empuñó los mangos de las palas y apoyó un pie en el muro ayudándose en el terrible esfuerzo. Lentamente, las maderas fueron separándose, y, antes de que Kent pudiera darse cuenta, Benselaki, como una sabandija, se deslizó en el interior del hueco.

Aflojó Kent el esfuerzo, y desde el otro lado le llegó la apagada y burlona voz de Benselaki.

—Ya está el ratón en la trampa. Le avisaré con unos golpes cuando desee salir. Veremos si no quedo preso en la ratonera. Páseme una pala.

Así lo hizo Kent. Siguieron unos minutos de silencio angustioso, posesivo. Podía oírse el casi imperceptible roce de la arena al deslizarse. El sudor de Kent, al enfriarse, le produjo un ligero escalofrío.

De pronto, apagados, llegaron hasta él varios golpes sobre algo metálico. Benselaki estaría golpeando con la pala sobre algún objeto. Silencio después. Un silencio denso, opresivo, obsesionante.

Varios precipitados golpes resonaron de improviso en la compuerta de madera. Tuvieron algo del bronco redoble de un tambor, y sobresaltaron a Kent.

La voz de Benselaki habló excitada:

—¡Ayúdeme a salir! ¡Pronto!

Rápidamente engarfó Kent las palas e hizo presión. Benselaki empujaba desde el otro lado.

Instantes después se hallaba junto a Kent. La luz de la linterna mostró a éste el demudado rostro del egipcio. Los ojos de éste, aún sorprendidos, mostraban un temor supersticioso.

—¿Ocurre algo, Benselaki? —le preguntó, alarmado.

—Salgamos de aquí. Está ahí —señaló Benselaki hacia la compuerta—. Ahí mismo.

El tono de su voz indicaba un temor irreprimible.

—¿Quién está ahí? —indagó Kent—. ¿Se explicará de una vez?

—¡El Pájaro de Fuego!

—¿El qué...? ¿Se ha vuelto loco, Benselaki?

—Vámonos pronto de aquí, señor —un leve temblor sacudía al egipcio. Su voz tuvo un ligero acento de súplica—. Luego le explicaré.

—De acuerdo. Pero antes hemos de dejar cubierto ese hueco. Manos a la obra.

Lanzaron paladas de arena para dejar cubierta la parte que dejaba a la vista la compuerta. Benselaki lo hacía con rapidez vertiginosa, como un rápido autómata.

Cuando salieron al exterior, el fresco aire de la noche llegó a sus ardorosos rostros como una caricia.

El campamento aparecía silencioso. Únicamente las ventanas iluminadas del pabellón de Silverton parecían vigilar la noche.

Un cielo, esplendorosamente estrellado, servía de marco a la

luna, enorme y rojiza, semejante a un disco de cobre mojado en miel.

CAPÍTULO IV

Los guardianes de la tumba

Sentados frente a frente en el interior de su alojamiento, separados por la pequeña mesa, los dos hombres se miraron unos instantes sin hablar. Tenían ante sí sendos vasos con una bebida refrescante.

Aún se hallaban sudorosos, y sus rostros y brazos aparecían ahora, a la luz, sucios del polvo adherido al sudor.

Decididamente, Benselaki aún se hallaba excitado, y a pesar de que se esforzaba en no aparentarlo, el leve temblor nervioso de la mano que sostenía un cigarrillo lo mostraba bien claramente,

Kent, calmosamente, expelió el humo del cigarrillo lanzándolo hacia la punta encendida, y habló con voz indiferente, casi exenta de interés.

—Y bien, Benselaki —dijo—. Espero me explique lo que vio tras la compuerta y que tanto le excitó.

El aludido pareció sacudido por un ligero estremecimiento. Cogió nerviosamente el vaso y tomó un rápido sorbo. Después pasó la lengua por sus resecos labios. Hubo de realizar un evidente esfuerzo para hablar en tono normal.

—Sí; se lo explicaré —afirmó—. Pero antes quisiera hacer referencia a algo ocurrido hace varios siglos.

Quedó mirando a Kent con una mirada que reflejaba el temor de que no fuese tomado en serio lo que iba a decir.

—Le escucho —admitió Kent—. Tenemos toda la noche por delante. Hable.

Algo más tranquilizado, Benselaki adoptó una postura cómoda en el asiento que ocupaba.

—Usted sabrá de esto más que yo —comenzó diciendo—. Es lo cierto que la realidad y la fantasía se habrán fundido al transcurso del tiempo. No lo sé. Soy egipcio, y desde nuestros más remotos antepasados se ha transmitido la leyenda del “Pájaro de Fuego”. Es creencia general que el gran sacerdote Amrod, antes de morir, suplicó a Amón enviase guardianes a su tumba para que nadie pudiese profanarla.

En aquel silencio nocturno la voz de Benselaki adquirió la profética y profunda entonación de un “derviche” indio.

—Murió Amrod —continuó—. Escritos de aquel tiempo, hallados en anteriores excavaciones, confirman el hecho. Algún tiempo después de la muerte de Amrod, un enorme pájaro de fuego surcó varias noches el espacio, buscando el lugar de la tumba. Fueron encendidas fogatas para orientarlo, y al fin una noche, que relatan los escritos fue de espanto general, el pájaro de fuego, dejando una inmensa llama en el cielo, se precipitó sobre la tumba de donde no volvió a salir. Desde aquel entonces el lugar fue considerado sagrado y nadie osó aproximarse a él. Esta leyenda se pierde en los tiempos.

Quedó silencioso, con la mirada baja fija en el cenicero, como si se hallara avergonzado de aquella confidencia.

Kent sacudió la sorpresa que el relato le produjo. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa escéptica.

—He leído todo cuanto acaba de referirme, Benselaki. Es cierto que existe esa leyenda. Pero... ¿usted la cree realmente? ¡Vamos, Benselaki! Usted es un hombre moderno, culto y libre de prejuicios supersticiosos. ¿Cómo puede afectarle esa ingenua leyenda? Su punto de vista ha de ser más elevado y lógico que el de aquellos hombres sujetos a sueños y supersticiones. Aleje esos pensamientos infantiles y cuénteme lo que realmente vio.

—Comprendo lo que quiere decirme, señor Kent. Lo comprendo y me avergüenzo. Pero algo interior, más fuerte que yo mismo, impide que pueda sustraerme al terror supersticioso que me inspira. Además... ¡Lo he visto!

—¿Qué es lo que ha visto? —preguntó algo impaciente Kent—. Dígalo de una vez y sacaremos consecuencias.

Benselaki aplastó el cigarrillo en el cenicero y miró al rostro de Kent con un vago gesto de angustia. Se decidió al fin.

—Cuando penetré en la abertura creí que el lugar sería más angosto. Al iluminarlo con la linterna vi con asombro que me engañaba. Ante mí se extendía una amplia cámara abovedada de doble extensión que la antecámara. Avancé por ella para reconocerla. ¡Asómbrese, señor Kent! Era una gran cámara excavada en la tierra solamente. Quiero decir que no pude ver muros ni sustentación alguna. Paredes y bóveda aparecían cubiertas con una especie de gruesa capa de cristal que será el que le presta solidez y consistencia.

—¡Es extraño! —exclamó Kent estupefacto—. ¿Está seguro de ello?

—Completamente seguro. Intenté rascar con la pala en aquella materia desconocida sin conseguir arrancar la menor partícula. La luz de la linterna arrancaba destellos irisados de ella.

—Bien; prosiga.

—Junto a la parte derruida del muro está empotrado un gran objeto metálico en forma de enorme proyectil. Al enfocar la linterna llevé un sobresalto. Era la proa, en forma de pico de ave, de un gran artefacto. El choque de esa punta produjo seguramente el desprendimiento del muro de la cámara. Seguí reconociéndolo hasta donde me fue posible. Debe ser de enormes proporciones. Gran parte aún está enterrada. Pero —aquí su voz tuvo como un desfallecimiento— pude observar una de sus alas que se hundían en tierra. Su forma coincide exactamente con las descripciones de los antiguos escritos hallados: "Cuerpo alargado y enormes alas hacia atrás en punta".

—¿Y dice que es metálico?

—Me cercioré de ello golpeándola con la pala. Un metal dorado, algo más apagado que el oro, y duro como el diamante.

—¿Descubrió señales de que Silverton y sus hombres hayan

estado allí?

—Es seguro. Y han callado el descubrimiento. Hallé dos palas junto al... artefacto.

Era evidente que a Benselaki repugnaba hacer referencia al "pájaro de fuego". La fuerza ancestral de sus antepasados aún le hacía sentir un temor supersticioso e inexplicable ante aquel extraño hallazgo.

Kent quedó pensativo tras las palabras de Benselaki. Estaba sumido en gran perplejidad.

Decididamente, aquel objeto metálico existente fuera del muro de la tumba debía ser algo totalmente ajeno a ella. Un artefacto aéreo caído allí Dios sabía cuándo. Pero ¿por qué Silverton lo ocultaba? ¿Qué poderosa razón había influido al descubrirlo para paralizar las excavaciones? Porque resultaba indudable que la detención de los trabajos había coincidido con el hallazgo del artefacto.

Por otra parte le intrigaba la llegada de aquel arqueólogo alemán. ¿Silverton, jefe de una misión inglesa, recurría a otro cuando se hallaba a punto de conseguir su objetivo? No... no...

Movió la cabeza con duda. Allí había gato encerrado. Algo oscuro y encubierto que de momento no podía adivinar. Trataría, desde luego, de averiguarlo. Pero lo haría discretamente, sin dar a conocer lo que ya sabía. Esperando que Silverton y sus compañeros se descubrieran ellos mismos. Le interesaba adoptar la actitud de un incauto y despistado investigador, fácil de ser engañado por cualquiera.

Sonrió ante tal pensamiento. ¿Qué opinaría de él la linda hija de Silverton cuando le viese en aquella actitud de crédulo estúpido que pensaba adoptar? No; no lo haría. Operaría de otra forma.

Una suave risa brotó de su garganta, y Benselaki le miró sobresaltado. Entonces Kent le habló rápidamente.

—Escuche bien, Benselaki —le dijo—. Me encuentro cómodamente instalado. Silverton ya me conoce y casi me considera

como miembro de su misión. Creo que podré manejarme bien estando solo. Usted, en cambio, tiene algo importante que hacer.

—Estoy a sus órdenes.

—Voy a notar su ausencia, desde luego —aseguró Kent para halagarlo—. Pero debe marchar a El Cairo. Comunique al profesor Sabahi los acontecimientos hasta ahora. Y al mismo tiempo quédese allí hasta que pueda traerme una completa información de quién es... ¿Cuál es el nombre del arqueólogo alemán?

—Von Slipemberg —respondió Benselaki consultando su librito de notas.

—Bien. Informe completo sobre von Slipemberg. Ya sabe; procedencia, trabajos realizados, cargos que desempeña...

—Comprendido. Tendrá un extenso informe.

—Hágalo cuanto antes. Tan pronto reúna esos datos, hágalos llegar a mí.

—De acuerdo. ¿Cuándo desea que parta?

—Pues... puede hacerlo cuando guste. Interesa no perder tiempo.

—El coche está dispuesto. ¿Le parece bien ahora mismo?

La sonrisa de Kent dejó al descubierto la hilera de sus dientes.

—Magnífico —aprobó—. Se ve que tiene deseos de alejarse del “pájaro de fuego” —agregó mordazmente.

—Tómelo como guste, señor Kent —replicó Benselaki entre serio y bromista—. Las leyendas tienen algo de profecía. Y ojalá ésta del “pájaro de fuego” no ocasione alguna desgracia...

Las palabras del egipcio quedaron flotando en la habitación como un vago presagio.

Kent le oyó marchar, y a poco percibió el motor del coche puesto en marcha. Instantes después el sonido del motor se alejaba en la noche hasta que sólo fue un leve bordoneo.

Un ave oculta lanzó su estridente graznido de protesta por haber

sido turbado su reposo. Y de nuevo el silencio envolvió como un manto al campamento adormecido.

CAPÍTULO V

Blanco en la diana

Aunque intentó reposar, el resto de la noche lo pasó Kent presa de un molesto desasosiego.

Al día siguiente, muy temprano, se levantó. Se sentía deprimido. Una inquietud inexplicable le invadía. Sentía incontenibles deseos de actuar por su cuenta, investigando aquel extraño caso del artefacto aéreo enterrado. Le urgía verlo por sí mismo para poder sacar conclusiones más concretas que las que el incoherente relato de Benselaki dejó entrever.

Pero tenía la desoladora convicción de que él solo no podía intentarlo. Pensar en solicitar ayuda de alguno de los componentes de la misión resultaba absurdo. De existir algo que trataran de ocultar, no sería ninguno de ellos, precisamente, quien le facilitara los medios para averiguarlo.

Quedaba la remota esperanza de que alguno de los trabajadores egipcios supiera lo que existía tras la brecha del muro. Más Silverton había despedido gran número de hombres ante la paralización de los trabajos. Ya haría cuidado de alejar a los que pudieran sospechar algo, recompensándoles tal vez por su silencio.

Pensando aún en ello, Kent tomó un baño y se vistió luego. Salió al exterior. Era aún temprano, y un fresco airecillo hacía agradable aquel amanecer.

En el campamento ya reinaba cierta actividad. Un equipo de hombres salía al mando del profesor Fitter para realizar unas mediciones de terreno. Kent pensó, con una sonrisa, si no trataría de localizar el lugar exacto bajo el cual se hallaba enterrado el “pájaro de fuego”.

De pronto vio a Silverton gesticulando junto a Sidney. Este último

parecía estar objetándole algo que Silverton no aceptaba, según daban a entender sus continuados movimientos negativos de cabeza.

Al ver a Kent suspendieron la conversación y le saludaron ligeramente. Siguieron tras los pasos de los trabajadores y bien pronto se perdieron de vista.

Bien. Aquel día prometía ser activo. El lugar de las excavaciones estaba quedando abandonado. ¿Qué otro importante asunto obligaría a ello?

Una idea súbita iluminó la mente de Kent. Desde la llegada del alemán no había tenido ocasión de charlar con él. Trataría de hacerse el encontradizo y entablaría conversación. Libre de la presencia del sinuoso Silverton le resultaría más fácil dirigir la conversación hacia lo que le interesaba. La casualidad le brindó una magnífica oportunidad.

Al penetrar en el pabellón instalado junto a las cocinas, y que hacía las veces de comedor, distinguió a Elisabeth hablando animadamente con Von Slipemberg.

La agradable risa de la joven llegó hasta él. Había otra tercera persona sentada junto a la alargada mesa tomando el desayuno en silencio. Se trataba del doctor Castle, de rostro rubicundo tras sus gruesos lentes de miope.

El criado egipcio que los servía, al ver entrar a Kent, le sonrió con zalamería.

—¿Desayuno, señor?

Ante el asentimiento de Kent, salió diligentemente.

—Buenos días —saludó Kent en general disponiéndose a tomar asiento frente al doctor.

—Hermoso día se presenta, ¿no le parece? —comentó éste con la boca aún llena.

—Sí; así opino —confirmó Kent cortésmente.

En aquel momento, Elisabeth le dirigió la palabra.

—Señor Kent; creo que aún no han sido presentados. Me tomaré

esa libertad. Le presento a Von Slipemberg, arqueólogo alemán, miembro desde ayer de nuestra misión —y volviéndose al aludido, agregó—: El señor Kent, notable egiptólogo norteamericano, invitado por el Gobierno egipcio.

Kent creyó percibir un ligero acento sarcástico en las últimas palabras de Elisabeth. Hubo un breve cambio de saludos, después de lo cual Kent ocupó su sitio.

Fue Elisabeth quien rompió el hielo, iniciando la conversación.

—Y bien, señor Kent; no he tenido hasta ahora ocasión para preguntarle. ¿Encuentra interesante lo descubierto hasta el momento?

Kent adoptó un gesto ingenuo al responder arqueando mucho las cejas:

—Indudablemente. Esas inscripciones pueden revelar datos valiosísimos. Opino, sin embargo, que aún quedan por descubrir cosas sorprendentes.

Slipemberg le miraba atentamente, como estudiándolo. La mirada de aquel hombre, casi de su misma edad, producía en Kent una molesta inquietud. Tenía algo de la terrible fiereza de un animal de presa, y parecía despedir un fluido electrizante. La ceja izquierda, más alta que la otra, por efecto de una contracción muscular, daba mayor impertinencia al altanero rostro.

No parecía Slipemberg muy predispuesto a entrar en conversación.

—No ha venido con usted el señor Benselaki —hizo observar Elisabeth—. ¿Se encuentra indispuesto?

—No; está perfectamente —respondió Kent golpeando distraídamente con la cucharilla en la cáscara del huevo que acababa de servirle el criado—. Salió anoche para la ciudad. No sé qué asunto le reclamaba allí. Tardará unos días en regresar.

El doctor Castle terminó el desayuno. Encendió un cigarrillo y tomó parte en la conversación.

—No sé cómo puede soportar esto el señor Benselaki —se encogió de hombros—. Él no siente interés por nada de esto, y sin embargo ha de permanecer aquí constantemente. No me lo explico.

—Tengo entendido que ha sido delegado para ello —hizo notar Kent.

—Así es —aseveró Elisabeth—. Por el Gobierno egipcio.

—Que me aspen si lo entiendo —rezongó Castle—. Debían enviar a algún entendido. Es como si me enviaran a inspeccionar la puesta de huevos en una granja avícola. Aburridísimo.

Elisabeth miró divertidamente al silencioso Slipemberg. El alemán sonrió displicente.

Y en aquel momento, Kent disparó su pregunta en tono indiferente:

—¿Continúa en Hamburgo el profesor Grounder, von Slipemberg?

La pregunta cogió desprevenido al alemán. Éste pareció tensarse repentinamente. Tuvo un fugaz titubeo antes de responder.

—No... no puedo responderle exactamente, señor Kent. Ignoro si aún se encuentra allí.

—Es un hombre notable —aseguró Kent respetuosamente—. Recuerdo sus trabajos de investigación sobre los sacrificios a Astart.

—Sí; fueron magníficos —admitió Slipemberg.

—Por cierto —agregó Kent con gesto inocente— que me ha extrañado ver grabado, en una de las figuras monumentales de la cámara lateral, algo parecido a una media luna y al sol, los atributos de Astart...

—No he tenido aún tiempo de examinar esa cámara —se disculpó Slipemberg—. Estoy deseoso de hacerlo.

De lo que sí estaba seguro Kent era de que Slipemberg también estaría deseoso de cortar aquella conversación. Con gesto aún más inocente, lanzó su dardo envenenado. Lo hizo con una tímida sonrisa

angelical, sosteniendo con una mano una tostada y, con la otra, el cuchillo con mantequilla.

—¿Estará representada Astart en alguna de esas figuras?

Miró de reojo a Elisabeth y descubrió el fugaz destello de asombro de sus pupilas. El rápido ademán de la joven no fue lo suficientemente oportuno para cortar la respuesta de Slipemberg.

—Pudiera ser... —comenzó a decir éste, pero se detuvo ante la mirada de la joven.

—Es usted muy bromista, señor Kent —dijo ella con voz adusta, interviniendo resueltamente para dar fin a la conversación—. ¿Quiere acompañarme, von Slipemberg? Es una magnífica hora para dar un paseo.

Se levantaron ambos y salieron del comedor. Antes de hacerlo se volvió Elisabeth y dijo, dirigiéndose a Kent:

—Desearía hablar con usted, señor Kent. ¿A qué hora le causaría menos molestia?

—Será un placer cuando usted lo decida. Estoy siempre a su absoluta disposición.

—Gracias. Haré por verle.

Kent percibió el hiriente e irritado brillo de la mirada de la joven al salir.

Y entonces, con gesto complacido, comenzó a extender parsimoniosamente la mantequilla sobre la tostada, mientras sus labios se distendían en una sonrisa burlona.

Estaba satisfecho. El dardo envenenado que lanzara al azar había hecho un magnífico blanco. Y el resultado no se haría esperar.

Mientras tanto, el despistado doctor Castle seguía mirando asombrado hacia la puerta. Volvió el rostro hacia Kent y comentó con extrañeza.

—Incomprensible muchacha. Cualquiera diría que se ha marchado enfadada. Y parecía tan contenta...

—Es posible. En este clima, los cambios de humor son frecuentes e inesperados —replicó Kent con velada ironía.

El doctor Castle no captó el imperceptible tono burlón de que iban impregnadas las palabras de Kent.

El resto de la mañana lo pasó Kent observando distraídamente cómo un escaso grupo de trabajadores extraía arena de la cámara lateral.

Se aburría soberanamente. No encontraba ocasión propicia para avanzar en la investigación. Empero, le consolaba la seguridad dada por Elisabeth de que haría por verle. Aquella voluntariosa chica podría aportarle algún valioso dato respecto a lo que pudiera haber de sospechoso en todo aquello.

Era evidente que su corta e intencionada conversación con Slipemberg había despertado alguna sospecha en ella, y de ahí el brusco corte que dio en el comedor.

Encaminó sus pasos hacia el exterior de las instalaciones. Caminaba lentamente, como dando un paseo, mas sin dejar de observar el más pequeño detalle que pudiera ser interesante.

Vio, a lo lejos, al grupo de hombres que salieran del campamento. Estaban ocupados en colocar postes de señalización alrededor de un lugar en que se hallaba Fitter dirigiendo los trabajos.

Kent llegó a escasa distancia de ellos y miró distraídamente lo que estaban realizando. Sonrió interiormente. Sí. No se había equivocado. El lugar acotado no era otro que aquel bajo el cual se hallaba enterrado el aparato.

En aquel momento se le aproximó Silverton.

—¿Qué tal, señor Kent? —le saludó con cierta jovialidad—. Aburrido, ¿eh?

—Más bien desilusionado —replicó éste sonriendo—. Creí tener ocasión para trabajar de firme recopilando datos, mas no va a ser posible.

—Ya le dije que era mala época. Pero tranquilícese. Puede regresar en septiembre, que reanudaremos el trabajo, y le aseguro que no quedará defraudado. ¿Piensa continuar mucho tiempo con nosotros?

—Me agradaría permanecer aquí hasta lograr descifrar las inscripciones de la cámara. Una vez pueda hacerlo, desde luego.

—¡Ah! Eso requerirá algún tiempo —objetó Silverton. Y Kent creyó notar un leve desencanto en la voz de Silverton.

—Ese lugar que están señalando —indicó Kent con un gesto el lugar en que trabajaban— parece que queda fuera del probable enclavamiento de la tumba. ¿Alguna nueva investigación?

La pregunta fue hecha en tono ingenuo, pero sobresaltó a Silverton que no pudo de momento responder. Miró muy fijo a Kent, y luego carraspeó nerviosamente.

—¡Ejem! Es... un capricho de Fitter —explicó sin darle importancia—. Así distrae el tiempo. ¿Querrá dispensarme? He recordado algo que olvidé decirle a Sidney.

Dio varios rápidos pasos para alejarse, pero se detuvo súbitamente.

—Un momento, señor Kent —dijo, volviéndose. En sus ojos brilló un chispazo de firme decisión—. ¿Podrá acudir a mi pabellón al atardecer?

—Claro que sí —aseguró Kent, repentinamente alerta.

—Le espero, entonces. Estaremos allí reunidos los miembros de la expedición. Me agradaría que usted asistiera. Usted solo, desde luego; Benselaki se aburriría. Y —su rostro adquirió cierta solemnidad— puede que le resulte interesante lo que allí se trate.

Sin más explicación marchó en busca de Sidney. Kent quedó perplejo, pero satisfecho. ¡Cáspita! Aquello iba adquiriendo animación. Primero, el oportuno encuentro con Slipemberg; luego, la irritación de Elisabeth por sus palabras y la posterior promesa de hacer por verle. Y últimamente, aquella extraña, y, desde luego, impensada invitación

de Silverton.

Los acontecimientos iban precipitándose. Algo íntimo e inexplicable así se lo advertía a Kent.

Y, por otra parte, ya casi no tenía necesidad del informe que solicitó a Benselaki. Porque había llegado por sí mismo a la extraordinaria convicción de que von Slipemberg sería todo cuanto quisieran, pero que con respecto a arqueología y egiptología no sabía más que uno cualquiera de sus alumnos más retrasados, allá en Washington.

De todas formas, la mañana había sido fructífera para él. Y decidió regresar al campamento para coordinar calmosamente sus ideas y aguardar impaciente la llegada del atardecer.

CAPÍTULO VI

Cambio de planes

El último vehículo salió del campamento entre el estrépito del motor y los alegres gritos de los trabajadores que lo ocupaban.

Kent los oyó alejarse hasta que dejó de percibirlos. En el campamento no habían quedado otras personas que los componentes de la misión, el exiguo retén de guardas y él mismo.

En la claridad dorada de la tarde que declinaba, un soplo fresco acarició el rostro de Kent. Del pabellón de Silverton, en aquel silencio apacible, le llegó una aislada voz que se expresaba en alto tono, aunque sin poder percibirse claramente las palabras.

La puerta del pabellón fue abierta, y en su marco apareció Elisabeth, quien lanzó una mirada hacia el lugar en que él se encontraba. Al distinguirlo, alzó un brazo para llamar su atención y se encaminó a su encuentro.

—¿Qué tal, señor Kent? —le saludó.

Su aspecto en general era más amistoso y alegre que aquella mañana, exento de aquel aire hosco y enfadado que adoptó en el

comedor.

—Le prometí hacer por verle —agregó—, y aquí estoy. Quería sostener con usted una conversación... especial. Mas he sido informada de que le han invitado a una reunión esta tarde. ¿Asistirá usted?

Kent la miró atentamente. Le agradaba aquella chica decidida y voluntariosa, y le divertía interiormente aquél su aire desenfadado:

—Puedo disculparme, si así lo desea —dijo—. En el supuesto de que insista en que hablemos los dos.

—No es preciso, al contrario. Yo también estaré presente y me complacerá verle allí. Dentro de media hora —consultó su reloj de pulsera—nos encontraremos en el pabellón. Tenemos tiempo suficiente hasta entonces para hablar a solas.

—Encantado. ¿Quiere pasar? —señaló Kent a su alojamiento.

—Si no le importa, podemos pasear. Es agradable este airecillo.

Se encaminaron a un grupo de árboles enanos que prestaba una escasa sombra en las horas de más intenso calor. Caminaban en silencio, tranquilamente, y Kent descubrió por dos veces la rápida mirada de soslayo que la joven le dirigió como estudiándole antes de hablar.

De improviso, ella le disparó una pregunta:

—¿Cuál ha sido la razón de venir a este campamento, señor Kent?

Éste se tomó algún tiempo antes de responder. Llegaron bajo los árboles y dijo a la muchacha:

—Sentémonos ¿quiere?

Ella le obedeció y quedó en espera de la respuesta a su anterior pregunta. Kent, sentado junto a ella, recogió una brizna de hierba y la retorció entre sus dedos pensativamente. No miraba a Elisabeth, pero hasta él llegaba el sutil perfume que parecía emanar del cabello de ella.

—Es muy fácil —respondió Kent reanudando el diálogo—. Tenía interés por conocer los trabajos que se realizaban siguiendo algunas de las hipótesis que expuse en mis obras.

Una breve risita brotó de la garganta de Elisabeth.

—No es usted sincero, señor Kent —dijo atrevidamente—. Se encuentra en este lugar cumpliendo una misión.

—¿Una misión? —se mostró Kent sorprendido.

—Exactamente. El señor Benselaki es incapaz de distinguir una vasija del neolítico de un vaso canope, y el Gobierno egipcio habrá considerado más conveniente enviar a un experto. Usted es ese experto.

Kent sonrió silenciosamente. La chica estaba resultando lista. Miró a Elisabeth con velada ironía, y replicó:

—Como suposición no está mal. ¿Puedo preguntarle qué le hizo suponerlo?

—No lo sé. No podría responderle. Pero no era ése el motivo del interés que tenía en hablarle. Es algo referente a von Slipemberg. ¿Qué perseguía usted al tenderle aquella habilidosa trampa durante el desayuno?

Antes de responder, Kent parpadeó rápidamente. Era inútil pretender engañar a aquella sagaz joven que tan certeramente estaba dirigiéndole preguntas. Decidió hablarle claro, pese a todo. Algo había en ella que le infundía confianza.

—Pues bien, voy a explicárselo, señorita... —comenzó a decir.

—Llámeme Elisabeth. Me encanta el trato de confianza. Yo seguiré llamándole señor Kent —le interrumpió ella con mirada traviesa.

—No estaría bien... Elisabeth. Mis amigos me llaman James.

—De acuerdo, James. Prosiga.

Pareció que un aire de confianza hacía menos espinosa la conversación. Kent habló más naturalmente, con menos recelo.

—En realidad, nada sabía de estos trabajos. No sé si hago bien en decírselo, pero me inspira confianza, Elisabeth. Fui encargado por el Gobierno egipcio para estar presente en las excavaciones. Ya sabe: otras expediciones poco escrupulosas han ocultado objetos desenterrados...

—Sí; comprendo. Temen que podamos distraer algo.

—Temor injustificado en este caso, desde luego. Mas la llegada de Von Slipemberg me resultó algo extraña.

—¿Por qué?

—Porque no era de suponer que su padre recurriese a un científico alemán para hacerle partícipe del triunfo de una misión inglesa.

—¡Ja! ¡Ja! —rió ella, divertida—. Es usted incisivo, James. ¿Y por ello buscó encontrarse con Von Slipemberg?

—En efecto. Quise confirmarme en mi sospecha, y...

—Y lo consiguió plenamente, ¿no es así? Sólo a quien no esté iniciado en egiptología se le ocurre admitir que en una tumba egipcia de la XXI dinastía aparezca un busto de la Astart fenicia. Y, por otra parte, el arqueólogo alemán profesor Grounder falleció hace años, y fue una sensible pérdida muy sentida en todos los círculos arqueológicos. Lo sucedido en el comedor fue divertido y... ridículo. Y ahora, ¿cuál es su opinión respecto a Von Slipemberg?

—Que no es egiptólogo ni arqueólogo, desde luego —aseguró Kent con firmeza.

—¿Entonces...?

Kent contuvo el comunicarle sus sospechas. Tal vez su confianza en Elisabeth estuviera siendo excesiva. Contestó evasivamente:

—Tal vez no se trate más que de un amigo de su padre en visita de curiosidad —insinuó—. ¿Me equivoco?

Ella le miró a los ojos, esta vez seriamente, y Kent notó que una extraña turbación lo invadía. Una mano de la joven se apoyó en su

brazo.

—No se esfuerce en indagarlo, James. Yo se lo diré —aseguró—. Usted me infunde confianza por su franqueza. Von Slipemberg no es egiptólogo. Está usted en lo cierto. Se trata de un científico alemán especializado en vuelos espaciales. Ha venido a instancias de mi padre.

—¿Para algo relacionado con las excavaciones?

—En parte, sí. Se ha descubierto algo que, de ser cierto, dejará relegada a último término la tumba de Amrod.

—¡Ah! ¿Aquí mismo? —indagó Kent fingiendo ignorancia.

—Sí. Y usted será invitado, durante la reunión, para estar presente esta noche en los trabajos que van a realizarse en el lugar del hallazgo.

Lentamente, volvieron al campamento. Kent no quiso llegar al pabellón de Silverton hasta no ser avisado por él. Elisabeth le tendió la mano amistosamente.

—Hasta luego, James —le dijo con una sonrisa encantadora—. Este paseo ha sido muy agradable para mí.

—Gracias, Elisabeth. Yo también estoy encantado. Hasta luego.

* * *

Los seis hombres se hallaban sentados en el pabellón de Silverton, y Elisabeth también se encontraba presente en la reunión. Ésta se celebraba después de la ligera comida de la tarde.

Los componentes del grupo prestaban atención a las palabras que pronunciaba Von Slipemberg, el cual, flemática y contundentemente, estaba exponiendo su atrevida teoría.

Ya anteriormente, momentos antes de comenzar la reunión, había sido Kent ampliamente informado por Silverton de lo que pretendían.

En realidad, Kent no tuvo nada que objetar a ello. Se trataba de

investigar el hallazgo de un artefacto extraño, aéreo al parecer, encontrado sepultado en las profundidades de la tumba; Silverton le expuso que aquello salía fuera del campo de las investigaciones arqueológicas, y, por tanto, consideraba de momento no era necesario dar cuenta al Gobierno egipcio. Por otra parte, confiaba en que tal descubrimiento resultaría tan interesante, que dejaría postergada la importancia de la tumba. Kent, como discreto espectador, no tendría inconveniente en reservar lo que viera hasta llegar a conclusiones concretas.

Confiaba Silverton en que no diese cuenta inmediata al Departamento de Investigaciones. Por lo visto, todos sabían que él operaba por cuenta de este Organismo.

Todo aquello le interesó. Prometió silenciar lo que viera, haciendo la excepción, naturalmente, de que lo haría siempre que ello no afectara en absoluto al escamoteo -él utilizó la palabra “extorsión”- de ninguno de los objetos que pudieran descubrirse y que tuvieran relación con la tumba.

Y ahora formaba parte de aquel extraordinario equipo, escuchando con interés mezclado a la curiosidad, las explicaciones de Von Slipemberg.

—La primera ojeada superficial —decía éste— parece confirmar que nos hallamos ante un objeto volador desconocido en la Tierra. Construido con metal ligero y de una dureza a toda prueba. Lo demuestra el hecho de que, a pesar de la terrible violencia del choque contra el terreno y posteriormente con el muro de granito, no presenta deformación alguna.

Los oyentes parecían sugestionados por las palabras del alemán. Éste parecía recrearse ante aquella muda admiración de que era objeto. Kent miró rápidamente a Elisabeth y ella le dirigió una sonrisa alentadora.

—¿Está seguro de que es un artefacto desconocido en la Tierra? —quiso saber Silverton trémulo de emoción. Su espíritu sagaz de aventurero presentía la gran oportunidad que le brindaba la suerte.

Insistió—: ¿Tal vez procedente de otro planeta?

—No puedo aún asegurarlo —respondió Von Slipemberg—. Desde luego, existen muchas probabilidades de que así sea, aunque conviene cerciorarse antes de darlo a conocer. Queda aún por resolver cuándo cayó el objeto, pero esto es secundario. ¿Tienen noticias de que hubiera sido visto algún bólido por esta región últimamente?

—No, en absoluto —replicó Silverton—. Puede conseguirse alguna información, sin embargo. Aunque debe hacer bastante tiempo, puesto que se encuentra enterrado y en la superficie no existen huellas del impacto.

—Eso no importa —dijo Von Slipemberg secamente—. Esta tumba fue construida no en una colina, como al parecer acostumbraban a hacerlo, sino más bien en una hondonada del terreno. He observado rastros de pasadas inundaciones por estos contornos. No es necesario dar por seguro que ha transcurrido mucho tiempo del impacto para que las señales hayan quedado borradas.

—Admitido —intervino el profesor Sidney—. Cabe también en lo posible que la caída de ese objeto haya pasado desapercibida.

—Es una probabilidad muy aceptable —concedió Fitter, el arqueólogo—. ¿Qué opina, Silverton?

—Mi opinión no cuenta en estos momentos —respondió el aludido—. La iniciativa está ahora en manos de nuestro amigo Von Slipemberg. Me agradaría, sin embargo, que el señor Kent expusiera su opinión.

El deseo expresado por Silverton cogió desprevenido a Kent. Arqueó las cejas con sorpresa y trató de eludir la petición.

—No estoy en antecedentes completos —repuso sonriendo—. Además, lo que dijera no sería otra cosa que lo que pudiera decir un inexperto en la materia. Y los inexpertos cometen muchos errores de apreciación.

Descubrió la hiriente mirada que le dirigió Von Slipemberg al decir

aquello, pero le animó la pícara sonrisa de Elisabeth.

—Sin embargo —agregó—, me permito opinar que están perdiendo el tiempo.

—¡Perdiendo el tiempo! —exclamó Silverton con sorpresa—. No lo entiendo, señor Kent. Explíquese, por favor.

—En sencillo. Dicen que el artefacto se encuentra ahí enterrado —señaló hacia abajo—. Pues bien; déjense de conjeturas, bajen a descubrirlo, traten de ver su interior y... todo quedará aclarado. No sé si habré dicho algo inconveniente...

—No lo crea, señor Kent —habló Von Slipemberg rápidamente—. El objeto de esta reunión no era otro que el de cambiar impresiones antes de hacer, punto por punto, lo que acaba de decir. Pretendemos aclarar esta misma noche el misterio que envuelve a este hallazgo. ¿Todo dispuesto, Silverton?

—Han sido cumplidas todas sus indicaciones.

—¿Queda personal extraño en el campamento?

—Los trabajadores salieron en camiones. Tienen permiso por un plazo de diez días. Quedan sólo los vigilantes del Gobierno, pero tienen su alojamiento a la entrada, lejos de aquí.

—Perfectamente —Von Slipemberg movió la cabeza con complacencia. Tenían sus gestos y sus palabras toda la energía y autoridad del hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido. Preguntó rápidamente—: ¿Preparadas las lámparas y los sopletes en la cavidad?

—Todo dispuesto.

—¿Linternas también?

—Vamos provistos de ellas —aseguró Silverton—. Y ordené a los peones aligerasen de arena el ángulo de la cámara antes de marcharse.

—Bien. ¿Todo listo, entonces? ¿Quiénes penetrarán en el hueco? —quiso saber.

—Todos, excepto el doctor Castle que quedará a la entrada vigilando por si llegara algún intruso. Es decir —agregó rápido— si usted desea formar parte del grupo, señor Kent.

—No me lo perdería por nada, si me lo permiten —afirmó éste animadamente.

—Pues, en marcha. Entréguele a Kent una linterna y una piqueta, Castle —dijo Silverton—. Todos tendremos que trabajar.

Era la primera vez que Silverton hablaba así, pero a Kent le agradó la confianza. Dirigió la vista hacia Elisabeth y la vio equipada con una gran linterna que le colgaba del cinturón.

Como silenciosas sombras se dirigieron hacia la entrada de la tumba, cuando aún la luna no era visible y en la bóveda azul-negra se veían titilar las miríadas de puntitos luminosos de las constelaciones.

Era esa hora incierta en que el día cede el sitio a la noche, y en la que las leyendas increíbles toman mayor fuerza en las mentes de los orientales.

CAPÍTULO VII

Al borde del misterio

La tarea hasta llegar al lugar donde se encontraba el extraño aparato fue relativamente fácil. Ya los peones habían facilitado el camino librando de arena la entrada al socavón, como había informado Silverton.

Kent quedó admirado al contemplar aquel extraordinario objeto, evidentemente volador, que se encontraba inclinado de lado por efecto de un forzoso aterrizaje, pero sin mostrar desperfecto alguno.

Su aspecto resultaba fantástico a la claridad lechosa de las bujías de carburo que iluminaban aquella cavidad, arrancando destellos multicolores de las paredes aparentemente cristalizadas.

Sin embargo, un derrumbamiento de tierra había cubierto el extremo posterior y parte de una de las alas. La forma, en general,

resultaba poco usual.

Tenía cierto parecido con una pera algo aplanada, y las alas, algo tendidas hacia atrás, más bien parecían una prolongación de la parte más ancha situada en la proa. Una especie de puntiagudo espolón remataba esta proa, dándole apariencias de ave monstruosa.

A una orden de Von Slipemberg se aplicaron todos, sin excepción, a librar de tierra las partes aprisionadas, y después de un buen rato consiguieron su objetivo, si bien acusando el esfuerzo realizado.

—Bien —aprobó Von Slipemberg, limpiándose el sudor con el antebrazo—. Esto parece que va aclarándose. Nos hallamos, en efecto, frente a un aparato aéreo, me atrevería a asegurarlo, de procedencia no terráquea.

—¡Sería estupendo! —exclamó, gozosa, Elisabeth.

Los labios de Von Slipemberg se distendieron en una sonrisa fría e inexpresiva.

—Sí; será un descubrimiento sensacional —aseguró—. Ahora sólo falta husmear en su interior. ¿Están dispuestos los sopletes y las botellas de gases?

El profesor Sidney, ayudado por Silverton, colocaba los tubos de goma en los recipientes metálicos que contenían los gases a presión. Un potente silbido, que sobresaltó a todos, fue la respuesta a Von Slipemberg.

—Ya están preparados —dijo Silverton.

Una chispa azulada e hiriente brotó del lugar en que el alemán aplicó la lengüeta de fuego del soplete. Trabajó intensamente durante varios minutos ante el silencio expectante de los demás, hasta que cerró la llave del soplete, que sólo dejó escapar entonces una llama amarillo rojiza.

El alemán hizo apoyarse sobre su frente las gafas especiales de cristales oscuros, y habló dirigiéndose a Silverton:

—Espero que esta abertura sea suficiente para introducir un brazo. Confío en que pueda accionarse el mecanismo que levantará la cubierta superior.

Aguardaron a que el metal recién cortado se enfriara, y entonces Von Slipemberg introdujo un brazo por el agujero abierto. Tanteó en el interior mientras su rostro mostraba extrañeza, y, finalmente, movió la cabeza con pesar.

—Nada —informó—. No encuentro nada parecido a un resorte. Ampliaremos la abertura.

Nuevamente la llama del soplete entró en acción mordiendo en el metal. Esta vez la labor fue lenta y agotadora. El metal se resistía a la acción del fuego, y como en esta ocasión se trataba de abrir un círculo en el metal lo suficientemente amplio como para dar entrada a un cuerpo, las horas transcurrían sin grandes avances.

El metal derretido formaba como una densa espuma en los bordes del corte. No era fácil el trabajo, desde luego. Tardaba infinitamente más tiempo en ser cortado que una gruesa chapa de hierro. Lentamente, sin embargo, el trabajo avanzaba, y Von Slipemberg tuvo que suspender varias veces la tarea para tomarse un ligero descanso y limpiarse el sudor que abundantemente resbalaba por su rostro.

Los restantes se mantenían en un silencio impresionante, atentos tan sólo al resultado de aquella operación.

Al fin, la última pulgada de metal fue separada por la fuerza del fuego, y el disco metálico, que previamente fue aprisionado con sendas tenazas que sostenían Silverton y Sidney, fue separado y dejado caer en tierra.

Se despojó Von Slipemberg de las gafas y aspiró aire profundamente. Luego, sin pronunciar palabra, acercó la linterna al corte practicado y dirigió la luz al interior.

Hubo de reprimir una exclamación de sorpresa, y, evidentemente, frenó un primer impulsivo movimiento para penetrar por el agujero.

Mas los bordes de éste aún estaban candentes y le obligaron a esperar.

Su rostro reflejaba admiración y pasmo cuando se volvió hacia sus compañeros.

—¡“Mein God”! ¡Hay seres en el interior!

Al señalar hacia el agujero la mano de Von Slipemberg, observó Kent el temblor de excitación de la mano enguantada.

—¿Seres? ¿Seres vivos? —preguntó Silverton impetuosamente.

—No lo sé. Están inmóviles, como sentados. Esperemos un corto tiempo hasta que se enfríe la chapa. Después penetraré en el interior.

Insensiblemente, ante la emoción del momento, Elisabeth había ido aproximándose a Kent, y su mano quedó apoyada en el brazo de éste. Él la miró al notar el contacto, y le sonrió en silencio para infundirle tranquilidad. Y entonces vio algo tan maravilloso en las profundidades de aquellas pupilas azuladas, que sintió un agradecimiento inmenso por todos aquellos que le mezclaron en aquella aventura extraordinaria.

La espera fue lenta y angustiosa. Todos los ojos estaban fijos en la brecha circular practicada en el aparato, presintiendo era la puerta que daría acceso a un descubrimiento portentoso.

Pasados aquellos minutos de excitación, Von Slipemberg había recobrado su fría calma. Palpó con cuidado los bordes recién cortados, y aseguró:

—Ya no ofrece peligro de quemaduras. Voy a entrar por él.

Empuñó con firmeza la linterna, y, con agilidad, desapareció en el interior del aparato.

Oyeron sus cautelosos pasos sobre la superficie metálica. Oyeron después una ahogada exclamación de asombro. Después, unos chasquidos metálicos, procedentes sin duda de algunos resortes que Von Slipemberg estaría accionando. Siguió un silencio lento, aplastante, en el que podían oírse las respiraciones anhelantes.

Finalmente, sin ruido apenas, la compuerta circular, que como un casquete esférico cubría la parte superior del aparato, fue abriéndose suavemente como la tapa de un joyero, hasta dejar al descubierto el interior de la carlinga.

Ésta pudo ser observada por todos, dada la inclinación del artefacto. Era amplia, circular, con extraños aparatos adosados en sus paredes. Von Slipemberg estaba junto a unos cuadros de mandos, y su mano derecha empuñaba una palanca con la que había accionado el mecanismo que alzó la tapa.

Eso pudieron verlo todos al quedar iluminado el interior. Pero también vieron... ¡Cielos! Elisabeth lanzó un estridente grito al descubrirlo.

¡Junto a Von Slipemberg aparecían tres horrendos seres!

Eran pequeños y permanecían inmóviles, encerrado cada uno de ellos en algo parecido a un recipiente acampanado de cristal. Algún suceso imprevisto los había sorprendido, y sus inmovilizados cuerpos aún mostraban las curiosas actitudes en que fueron paralizados por “aquello”.

El silencio de sorpresa y estupefacción que produjo la apertura de la tapa fue seguido por las atropelladas exclamaciones de Silverton, Fitter y Sidney, que pretendían penetrar en el interior sin orden ni concierto. Elisabeth se estrechó junto a Kent presionándole el brazo nerviosamente.

Entonces sonó la voz de Von Slipemberg con acento autoritario:

—¡Calma, señores! Estamos sólo al principio.

Saltó al exterior apoyándose en el borde de la carlinga y dirigió a todos una mirada que reflejaba el triunfo.

—Mi suposición ha resultado cierta —explicó con énfasis—. ¡No sólo el aparato, sino los seres que están en su interior son procedentes de otro mundo! Este descubrimiento es interesantísimo en extremo bajo todos sus aspectos. Conviene recapacitar con calma sobre esto.

A una señal suya tomaron asiento en la arena como obedientes autómatas. Kent también lo hizo junto con Elisabeth, y pensó que el papel de Von Slipemberg había adquirido en aquel momento toda su brillantez.

Éste señaló al aparato y habló con cierta solemnidad:

—Tenemos ante nosotros un ingenio aéreo creado por seres distintos a nosotros. Tres de esos seres se encuentran aún en su interior. Todo hace suponer que han llegado al dominio de la técnica astronáutica mucho más allá que nosotros. Es, por tanto, de una importancia extraordinaria lo que puede investigarse en ellos.

El espíritu práctico de Silverton se reflejó en su pregunta:

—¿Cree que este descubrimiento nos reportará beneficios económicos?

—Es dudoso —le desanimó Von Slipemberg—. Algo de celebridad, es posible. Pero los resultados de las investigaciones serán, a la larga, de un beneficio incalculable para todos. No obstante, opino que debemos mantenerlo en secreto hasta que realicemos nuestras propias investigaciones. No me agradaría personalmente perder las primicias de este descubrimiento.

—Podemos silenciarlo el tiempo que sea necesario —afirmó Silverton—. Nadie, excepto los presentes, conoce el hallazgo.

—La investigación de los metales, estructura y demás elementos del artefacto no pueden ser investigados aquí —explicó Von Slipemberg—. Técnicos especializados podrían desmontarlo para su traslado al lugar apropiado. En cuanto a esos seres...

Miró a todos dubitativamente, y en sus ojos brilló una chispa indescriptible. Prosiguió:

—Esos seres son poseedores de conocimientos portentosos. Y el hombre que pudiera conocerlos por ellos mismos... sería un súper-hombre en la Tierra.

—Pero —intervino Kent— ¡es absurdo! ¿Supone que esos seres están vivos?

—No supongo nada —negó Von Slipemberg con un movimiento de cabeza—. Sólo digo que están ahí. ¿Y sabe cómo están? Aprisionados como si dijéramos en una masa de cristal. Esa materia transparente que los envuelve no está hueca y es maciza. Lo he comprobado.

—¡No es posible! —exclamó el profesor Sidney—. ¿Quiere decir...?

—Pueden comprobarlo, si lo desean. Esos seres están envueltos por la materia sólida que los aprisiona. No presentan señales de descomposición. Mas ello puede ser debido a esa misma materia que los aísla del exterior. Pero... ¿y si estuvieran vivos?

Un escalofrío recorrió a los que le escuchaban.

—¿Vivos? —musitó con un hilo de voz el profesor Fitter.

—Eso he dicho —aseveró Von Slipemberg—. ¿Y si esos seres no hubieran muerto?

Nadie respondió. Todos y cada uno de ellos parecían estar reflexionando sobre aquella asombrosa hipótesis.

Al fin habló Silverton, después de humedecerse con la lengua los resecos labios.

—Podemos intentar extraerlos de esa masa. Una vez conseguido, ¡por San Jorge! Si están vivos trataremos de comunicar con ellos...

—Es usted muy optimista, Silverton —le atajó Von Slipemberg—. De todas formas, creo que debemos intentar algo. Podríamos trasladar a uno de ellos arriba, a su pabellón. Allí, más cómodamente, intentaríamos liberarlo de esa masa. En cuanto a esto otro —señaló al aparato—, ¿qué piensan de ello?

Silverton quedó pensativo unos instantes.

—No encuentro inconveniente en que quede aquí —manifestó—. Podemos llevar a uno de esos individuos arriba y...

—¿Por qué no montar una vigilancia junto al aparato? —propuso

Von Slipemberg—. Parece absurdo e innecesario, pero puede no serlo. Nos turnaríamos entre todos.

Se miraron unos a otros en silencio. Aquella idea no había sido recibida, indudablemente, con entusiasmo. Sin embargo, fue aceptada.

—De acuerdo —dijo Kent—. Si me lo permiten, haré el primer turno hasta la mañana. Ya debe estar próxima. Mientras trasladan ese bloque arriba y cambian impresiones quedaré aquí. Así tendré oportunidad de curiosear en el aparato.

—Me gustaría acompañarle. ¿Me lo permite? —dijo Elisabeth, y todos la miraron sorprendidos.

—Usted queda exceptuada de vigilar, señorita —dijo Von Slipemberg galantemente—. Tan sólo los hombres montarán guardia.

—Una razón más, entonces, para quedarme. Lo haré voluntariamente.

—Bien. Queda a su deseo.

Seguidamente extrajeron de la carlinga, con sumo cuidado, uno de aquellos bloques cristalizados conteniendo a un pequeño ser de los que tripularon el vehículo aéreo. Resultó de escaso peso, y pudo ser transportado con facilidad.

Fueron saliendo de la cavidad en silencio, como una extraña comitiva que sacara en procesión un grotesco fetiche.

Al llegar a la salida, Elisabeth se volvió hacia Kent que había quedado junto al aparato.

—Vuelvo enseguida —le dijo—. Traeré unos bocadillos y café. Así amenizaremos la espera.

Quedó solo Kent. Hasta él llegaba el rumor que producían sus compañeros al caminar por la solitaria cámara. Poco a poco se alejó aquel rumor, y entonces, con un bostezo, Kent encendió un cigarrillo y dio unos pasos por la extraña cripta, sin mirar apenas hacia el “Pájaro de Fuego”, según le denominara Benselaki.

Y sin saber exactamente el motivo, se sintió feliz. Tal vez no fuera ajeno a ello el hecho de que iba a permanecer unas horas junto a la rubia joven de azules pupilas que se ofreció para acompañarle en su turno.

CAPÍTULO VIII

Seres enigmáticos

En el pabellón de Silverton cinco hombres contemplaban aquel extraño bloque de materia cristalizada que contenía en su interior a un ser de otro planeta.

Éste ofrecía un aspecto entre grotesco y aterrador. No mediría más de tres pulgadas. Estaba vestido con una especie de mameluco o mono de color azul brillante, que sólo dejaba al descubierto cabeza y manos, si tal podían llamarse a los dos filamentos retorcidos y resecos que salían por las mangas, semejantes a ramas bifurcadas.

Y la cabeza, sin rasgos fisonómicos, únicamente mostraba una corteza seca y agrietada, similar a la de un añoso tronco de árbol.

El doctor Castle acercó la lupa al bloque y quedó unos instantes observando en silencio la quieta forma del interior. Al cabo de corto tiempo cesó en su observación y dejó caer los brazos con desaliento. Su rostro mostraba una gran palidez al hablar con labios temblorosos.

—Estamos ante algo desconcertante —murmuró, y los demás le rodearon con interés—. Es indudable que se trata de un ser desconocido. Aún no me atrevo a asegurarlo, pero su anatomía interna, más bien, su estructura exterior, no responde a lo que debiera ser si poseyera un esqueleto óseo como el nuestro. Observen su actitud inverosímil en un ser humano, o tan siquiera vertebrado.

En efecto, una de las piernas del extraño individuo se hallaba torcida hacia atrás, casi pegada a la espalda, en una torsión imposible para un vertebrado. Todos pudieron contemplarlo.

—Por tanto —prosiguió el doctor Castle—, se trata de un espécimen de vida en otro planeta. Ahora bien; fíjense atentamente en

lo que pudiéramos denominar cabeza, y descubrirán lo que deben ser órganos de visión.

—¿Ojos? ¿Dónde? —preguntó Fitter con interés.

—Allí—señaló Castle con el índice—. Las arrugas de la epidermis van en sentido vertical. Sin embargo, existen dos pequeñas fisuras horizontales algo entreabiertas. Si miramos atentamente con ayuda de la lupa podremos descubrir un brillo cristalino en su interior. Y aquello otro, que parecen dos pequeñas costras adosadas a la epidermis, no deben ser otra cosa que órganos auditivos.

—Bien —admitió Silverton frotándose la barbilla nerviosamente—. Pero, ¿cómo se alimentan estos seres? ¿Cómo se comunican entre sí?

—Le repito que es usted muy vehemente, Silverton —cortó Von Slipemberg con marcada impaciencia—. Reconozca que de una sola ojeada no es posible determinarlo. Tal vez sean necesarios años de investigaciones para ello. Eso, en el supuesto de que no estén...

Se detuvo en lo que iba a decir. Miró a todos enigmáticamente, y preguntó:

—Doctor Castle, ¿usted, como anatomista, ha descubierto algo en ese individuo que le haga suponer esté vivo?

—¿Vivo? ¡No! —murmuró Fitter con sobresalto.

—No puede afirmarse —habló Castle aún nervioso—. Tanto puede ser así en su forma normal, como pueden haber transcurrido muchos años sin haberse descompuesto al defenderlo la masa que lo envuelve. Puede estar, incluso, momificado.

—Me permito objetarle, doctor —dijo Von Slipemberg—. Si ese ser hubiera sido aprisionado en esa masa teniendo mayor volumen, y luego se hubiera momificado, reduciéndose por tanto su volumen, podría verse cierta holgura en el hueco que ocupa. Y no sucede así, me parece.

—Cierto. No existe holgura alguna —confirmó Castle, perplejo, tras observar de nuevo con la lupa.

—¿Y qué opinan ustedes de esos dos pequeños recipientes sujetos a su espalda y unidas sus bocas entre sí? Me olvidé decirles que los tres individuos parecen sorprendidos por “algo” en posturas distintas. Pero todos han llevado una mano, en última instancia, como para accionar el resorte que aparece en el tubo que abraza sus pechos. ¿Qué dicen ahora?

—No sé —tartamudeó Fitter pasándose una mano por la frente sudorosa—. Todo esto me parece una pesadilla...

—¡Nada de pesadilla, Fitter! —le interrumpió Silverton con irritación—. Se trata de un descubrimiento. De un auténtico descubrimiento que hará famosa a la misión Silverton.

Von Slipemberg le miró rápida y duramente. Fue un solo instante, mas sus ojos despidieron fríos destellos metálicos.

—¡Lástima! —murmuró—. Lástima que no estuvieran vivos y pudieran comunicarse con nosotros. Entonces, sí. Entonces, los hombres... o el hombre a quien lo hicieran, sí sería famoso... y temido.

—Hemos de hacer algo —apremió el profesor Sidney—. ¿Por qué no intentar extraerlo de ese bloque que lo aprisiona? Muerto o vivo, podremos estudiarlo mejor.

—Bien dicho, Sidney —aprobó Silverton—. Manos a la obra. Pasadas dos horas amanecerá y relevaremos a Kent. Conviene no quede aquello solo. Usted, Fitter, lo hará. Sidney le relevará a usted luego.

Se dispusieron a trabajar. Trataron, en primer lugar, de arrancar alguna esquirla del trozo cristalizado. Éste presentaba una dureza parecida al acero y fue imposible conseguirlo. Von Slipemberg lo palpó meticulosamente, y decidió:

—Veamos cómo reacciona al fuego.

Le fue aplicada la llama de un soplete de alcohol sin mostrar alteración alguna.

—¡Diablos! —murmuró Silverton contrariado—. ¿También resiste al fuego? Habremos de montar hornos y refrigeradores especiales.

Todo, antes de que el secreto salga de aquí.

—Déjenme pensar —solicitó Von Slipemberg con aire preocupado—. Si, como supongo, esa materia es un gas escapado a presión de los recipientes, y solidificado al contacto con los elementos de nuestra atmósfera...

—¿Un gas ha dicho? —le interrumpió, alarmado, Sidney—. ¡Imposible!

—¿Quiere dejarme continuar, profesor? —la voz de Von Slipemberg fue dura e impaciente—. Estoy especulando con una suposición. En el supuesto de que así fuera, y de que se tratara de un gas que ellos dejan escapar en casos de emergencia para preservarlos del peligro exterior, es muy posible que esté metalizado. Probemos, aplicándole una corriente eléctrica.

—¡Magnífica idea! —Silverton pareció animado repentinamente —. Contamos con un potente grupo generador que ordené traer para la instalación eléctrica en las cámaras descubiertas. Está a punto para entrar en funcionamiento. Acompáñeme, Slipemberg.

Transcurrido algún tiempo, regresaron de nuevo al pabellón. Von Slipemberg sostenía dos cables aislados conectados con el generador de corriente. En uno de ellos habían intercalado una lámpara de filamento metálico para que, actuando en serie con el circuito, quedara encendida si el bloque al que se aplicaban los cables resultaba buen conductor de electricidad.

Ante la atención de todos, Von Slipemberg se aproximó al bloque. Apoyó uno de los extremos del cable, previamente descubierto, sobre el bloque, y lo dejó sujeto con un trozo metálico. Luego, con cierta teatralidad, quedó detenido con el otro extremo en la mano.

—¡Ahora! —dijo.

Y aplicó el extremo al bloque. Instantáneamente lució la lámpara intercalada en el circuito. ¡La corriente circulaba!

Fueron instantes de emoción a los que siguió el desencanto. ¡Nada ocurría! Si bien el bloque resultó buen conductor, con ello no

habían conseguido nada positivo. Todo seguía igual; es decir, aquella materia continuaba sin mostrar reacción alguna.

—Dejémosle un buen rato y esperemos —aconsejó Von Slipemberg—. De todas formas, la noche casi está vencida, y me sería imposible conciliar el sueño.

—Igual me ocurre —afirmó el doctor Castle—. ¿Qué opinan, señores?

Todos estuvieron de acuerdo en aguardar junto al extraño e inmóvil ser que semejaba un tronco de árbol sumergido en agua.

Von Slipemberg procedió a dejar unido al bloque transparente el extremo del cable que aún no lo había sido. Cuando lo hubo conseguido tomó asiento cansadamente y encendió un cigarrillo.

Los demás también quedaron sentados guardando un silencio que tenía mucho de temeroso.

Los primeros tintes de la aurora se filtraron a través de las ventanas del pabellón.

El doctor Castle parecía amodorrado, pese a su excitación anterior. En cuanto a los restantes, aparecían silenciosos, al parecer, sumidos en sus propias reflexiones.

El resplandor de la lámpara conectada en el circuito montado pareció perder luminosidad al contraste con la claridad matinal.

Fue Silverton, quien, consultando su reloj de pulsera y ahogando un bostezo, propuso:

—Sería conveniente tratar de organizarnos, ¿no les parece? Estamos cansados y debemos tomar algún reposo. Profesor Fitter, ¿está usted en condiciones de relevar a Kent durante tres horas? Son las seis; a las nueve, pues, sería usted relevado por Sidney. ¿De acuerdo?

Fitter se incorporó trabajosamente, bostezando.

—Conforme —aceptó sin el menor entusiasmo—. Voy para allá.

—Un momento —solicitó Silverton—. Aquí conviene quede

también alguien. Una vez descansados acordaremos lo más conveniente.

—Yo quedaré aquí —decidió Von Slipemberg—. Pueden descansar mientras tanto. Me preocupa profundamente ese ser aprisionado en la masa. Y los otros dos.

—Algo parecido me preocupa a mí —intervino Castle—. Estoy rendido, desde luego; mas estoy decidido a permanecer aquí hasta que se consiga algo práctico.

—Bien —habló Silverton—. Vaya, Fitter. Y dígale a Kent que puede descansar.

Salió Fitter a la explanada, que ya iba siendo inundada por una brillante claridad rosada.

Y cuando iniciaba el descenso hacia la cámara no pudo oír el alarmado grito que lanzaba en aquel momento el doctor Castle en el interior del pabellón.

—¡Miren! —exclamó—. ¡Por Dios! ¡Miren allí!

El tembloroso índice señalaba hacia el bloque cristalizado.

—¿Qué es ello? —preguntó Von Slipemberg incorporándose de un salto, alarmado ante la actitud del doctor.

—¡Los ojos! —balbuceó éste, aún sorprendido—. ¡Los ojos! ¡Ha abierto los párpados!

Todos los ojos quedaron fijos simultáneamente, y con atención, en el “rostro” del inmóvil individuo.

Éste continuaba en la misma actitud, e incluso las pequeñas fisuras horizontales, que se le suponía fueran los ojos, permanecían igual que antes.

Tras esta breve observación, se volvió Von Slipemberg y quedó encarado con Castle. A su rostro asomaba un reprimido gesto escéptico al preguntar:

—¿Está seguro de haberlo visto? ¿No habrá sido una figuración?

—Pues... —el doctor titubeó. Pero se recuperó al instante y trató de dar firmeza a sus palabras—: Sí, estoy seguro. Al mirar de pronto hacia él descubrí por un instante que parecía estar observándonos. Tenía abiertos los ojos, y éstos, de claro color verde, tenían algo de malignos al mirarnos.

—Sin embargo, están como al principio —objetó Von Slipemberg. Agregó con acento levemente burlón—: Ya sabe, doctor, que el insomnio produce a veces alucinaciones. Y nosotros no hemos dormido...

—No; no es eso —negó tercamente Castle—. ¡Los tenía abiertos! Al ver que yo los miraba, los cerraría...

—Puede ser —admitió, dudoso, el alemán—. No obstante, creo que debemos poner en marcha lo proyectado. Así, pues, quedaremos los dos aquí. Y ustedes, señores —se dirigió a los otros— vayan a descansar. Les despertaremos pasadas tres horas.

Salieron Silverton y Sidney, y en la estancia quedaron el doctor y Von Slipemberg en una silenciosa vigilancia, aparentemente absurda, de aquel quieto personaje que parecía burlarse de ellos en su grotesca postura de bailarín inverosímil.

CAPÍTULO IX

Ataque imposible

Tanto para Kent como para Elisabeth, habían transcurrido las horas rápidamente. Los dos jóvenes habían sostenido una interesante conversación que los llevó a conocerse más profundamente.

Kent llegó a la conclusión de que Elisabeth Silverton estaba exenta de aquella especie de egoísmo interesado que poseía su padre, y que, en cambio, era dueña de una sencillez y delicadeza de sentimientos realmente notables.

Después de haber conversado un buen rato, decidieron reconocer por su cuenta el interior de la carlinga de pilotaje, y se dedicaron, durante algún tiempo, a curiosear en las instalaciones de

aquel ingenio portentoso.

Al quedar frente a las inmóviles figuras aprisionadas en la materia desconocida, sintieron que un escalofrío les recorría los huesos. Algo desconocido e inquietante parecía fluir de aquellas extrañas formas.

Aunque las dos vestían idénticamente, una de ellas, sin embargo, mostraba, a la altura del pecho y sobre el tejido, tres barras doradas. Dos de ellas formando una V invertida, y la tercera, haciendo de base.

—Debió ser el jefe del grupo —aventuró Kent—. Las barras parecen ser un distintivo de su jerarquía.

Acercó la luz de la linterna al individuo y lo contempló largamente.

—¿Qué asombrosa historia podría habernos referido, de haber estado vivo? —preguntó como para sí mismo.

—La opinión de Von Slipemberg deja entrever que tal vez vivan... —hizo observar Elisabeth.

—¿Y usted lo cree? ¿Cree que estos seres, así aprisionados, pueden seguir viviendo? Además, desde el tiempo en que debieron caer no han dado señales de vida.

—Un momento, James. Es conveniente, al afirmar eso, tener en cuenta la costra cristalizada que cubre las paredes de este socavón.

Y, al decir esto, Elisabeth trazó con el índice un rápido semicírculo por las paredes que despedían vivos destellos.

—¡Cielos! Lleva razón, sin duda. Estos seres trataron de hacer habitable para ellos este hueco. Al no conseguirlo, es posible que se rodearan ellos mismos de esa materia, la cual los preservaría...

Calló repentinamente. Miró a Elisabeth y vio que la joven le sonreía con gesto de triunfo.

—Continúe, James —le animó—. La cual los preservaría... de morir. ¿No es eso lo que ha pensado?

—Pues... sí. Eso pensé. Pero, ¡es absurdo! ¡No es posible!

Miró con cierta aprensión las dos formas. Pasó una de sus manos

por la ardorosa frente y quiso cambiar de tema.

—Dejemos que los científicos lo aclaren, Elisabeth —decidió—. ¿Dice que trajo unos bocadillos y café?

—Desde luego —afirmó ella alegremente—. Los preparé yo misma. Espero resulten de su agrado. Aquí están.

Deslió un envoltorio y colocó, junto a ellos, un gran termo. Entre bromas, comenzaron a dar cuenta de su contenido.

* * *

Los cansados pasos de Fitter sacaron a Elisabeth de la especie de modorra en que se hallaba sumida. A su lado, Kent, fumando silenciosamente un cigarrillo, parecía abstraído en sus propios pensamientos.

—¡Profesor! ¿Usted aquí? —exclamó ella con sorpresa.

—Sí, hija —sonrió Fitter bondadosamente—. Vengo a relevar a Kent... y a usted también. No sé a qué viene esta vigilancia, pero así se ha decidido. Pueden retirarse. Yo quedo aquí, cara a cara con esos nada agradables seres, que tal vez, si vivieran, estarían burlándose de nuestras aprensiones.

Kent se incorporó. Arrojó lejos de sí la punta del cigarrillo, y dijo perezosamente:

—Debe ser casi de día. Salgamos al exterior, Elisabeth. El aire de esta cripta parece estar viciado como el aire de una tumba.

Ambos se dispusieron a salir del recinto.

—¿Consiguieron algo? —preguntó Kent antes de marchar.

—Nada en absoluto. Han quedado junto al “forastero”, el doctor Castle y Von Slipemberg. Pero hasta ahora poco o nada se ha adelantado. ¿Por qué no intentan llevar hasta el pabellón a otro de esos individuos? —señaló al interior de la carlinga. Finalizó—: De todas formas, habrá que llevarlos después...

Kent encontró aceptable la idea. Ayudado por Elisabeth sacó de

la cabina de pilotaje a otro de aquellos seres; aquél en cuya vestimenta aparecían las barras doradas.

—Llevaremos al “jefe” —dijo humorísticamente.

Con relativa facilidad pudo Kent transportarlo hasta el exterior. Se encaminaron en dirección al pabellón, cuando ya los rayos solares bañaban toda la extensión visible como en un polvo dorado.

Cuando apenas les faltaban escasas yardas para llegar al pabellón, un grito atroz, escalofriante, los paralizó en su camino.

—¿Qué es eso? —preguntó Kent sobrecogido.

Ha salido del pabellón. ¡Dios mío! ¿Qué habrá ocurrido?

Depositó Kent en la arena el bloque que transportaba. Titubeó un instante antes de decir:

—¡Corramos! ¡Algo ha sucedido!

Al penetrar en el recinto, seguido por Elisabeth, sus ojos descubrieron una escena espantosa.

El profesor Castle yacía de bruces sobre un charco de sangre con el cráneo destrozado. Aún temblaban sus miembros bajo el espasmo mortal. Kent se arrodilló a su lado presurosamente.

—¡Castle! —llamó inútilmente—. ¡Doctor Castle!

Pero el infortunado doctor ya no podía oírle. De su cabeza, totalmente destrozada, se derramaba lentamente la sustancia gris sanguinolenta de la masa encefálica.

—¡Es espantoso! —Kent se enderezó horrorizado. Elisabeth se cubría los ojos con las manos, ahogando un gemido—. ¿Quién...? ¿Quién pudo ser?

En aquel momento apareció por la puerta trasera Von Slipemberg con el rostro demudado.

—¿Qué ocurrió? He oído un grito.

No necesitó Kent hacer ningún movimiento para que el alemán viese el triste despojo que en vida fuera el doctor Castle.

—¡Oh! ¿Quién fue? —quedó Von Slipemberg quieto, como hipnotizado, con los ojos terriblemente fijos en el cadáver.

—Alguien lo hizo, eso es evidente. Pero ¿por qué? ¡Válgame el cielo! ¿Por qué lo hizo? ¡Pobre doctor! —se lamentó Kent.

Como un autómata se arrodilló Von Slipemberg junto al cuerpo sin vida, tratando de volverlo boca arriba con sus temblorosas manos. Balbuceaba palabras ininteligibles mientras tanto.

Y fue entonces cuando Kent descubrió... ¡Sí! ¡No cabía duda! En la bocamanga derecha de Von Slipemberg aparecían salpicaduras oscuras. ¡Sangre!

Quedó como anonadado al darse cuenta de lo que aquello significaba. Nadie, excepto aquellos dos hombres, habían estado solos en el pabellón. Uno de ellos aparecía muerto violentamente, y el otro...

¡Gran Dios! ¿Qué horrible locura asaltó el cerebro del alemán para cometer aquel espantoso acto?

Decidió, de momento, no hacer mención alguna a las manchas de sangre. Aquello salía de sus atribuciones para entrar de lleno en las del Departamento de Investigación Criminal. Preguntó, sin embargo:

—¿Estaba solo el doctor Castle?

Von Slipemberg le miró en silencio desde su postura arrodillada. Se incorporó lentamente, y quedó frente a Kent. Había dureza en sus palabras al hablar; a pesar de ello, parecía haber envejecido.

—Sí; lo dejé solo. Salí un momento a preparar café. Desde la cocina oí su grito de agonía. ¿Y los otros? ¿Dónde están?

Se refería, sin duda, a Silverton y Sidney. Elisabeth abrió la puerta y salió al exterior.

—Ahí vienen —anunció con voz desfallecida.

Entraron los dos impetuosamente. Silverton parecía próximo a congestionarse por la carrera.

—¿Qué diablos...? —comenzó a decir, pero en aquel momento

vio el cuerpo caído de Castle—. ¡Por San Jorge! ¡Castle, mi querido amigo!

Se arrodilló junto al cadáver. Al ver la terrible herida no pudo evitar una exclamación sollozante.

—¡Oh! ¡Mi pobre amigo! —quedó como destrozado. De pronto, se puso en pie de un salto y bramó con voz de trueno—: ¡Pronto! ¿Quién ha sido? Algún vengativo peón, sin duda. ¡Por cien mil diablos, que nadie impedirá que le retuerza el cuello! ¿Quién fue, repito?

Estaba sobrexcitado, en grado extremo. Kent le puso una mano sobre el hombro tratando de calmarle. El profesor Sidney permanecía junto a Silverton, sobrecogido, temblando perceptiblemente.

—Cálmese, Silverton —le recomendó Kent—. El doctor Castle, triste es reconocerlo, ha sido asesinado. Esto ya sale de nuestras atribuciones, y es la policía, precisamente, quien debe intervenir. ¿Queda algún vehículo en el campamento?

—Sí; queda un coche pequeño —aseguró Silverton, pensativamente, sin separar la mirada del cadáver.

—Bien. En este caso, opino que su hija es la más indicada para marchar a El Cairo y dar cuenta de lo ocurrido. Puede, de paso, avisar a Benselaki para que se persone aquí inmediatamente.

Kent, mientras hablaba, no perdía de vista a Von Slipemberg. La terrible sospecha que albergaba respecto a él, después del descubrimiento de las manchas de sangre, le hacía ser precavido.

El alemán, por su parte, si bien mostraba hallarse apesadumbrado por el triste hecho, no dejaba, empero, traslucir otra preocupación.

Silverton se llevó las manos a la cabeza con desesperación.

—¡Maldito sea! —exclamó con rabia—. ¡Todo perdido! ¡Todo! De acuerdo, Kent. Puede Elisabeth partir para El Cairo. No queda otra solución. Pero, ¿ha pensado que sólo estamos nosotros en el campamento? ¿Es posible que entre nosotros se encuentre un asesino?

Dio unos pasos como fiera enjaulada. Kent salió y estuvo hablando con Elisabeth dándole instrucciones. Finalmente, la joven salió del campamento conduciendo el coche ligero de su padre.

Al penetrar de nuevo Kent en el departamento, hablaba Silverton excitadamente.

—¡No puede ser! —protestaba, pareciendo rebelarse contra sus propios pensamientos. Era indudable que le dolía pasar al dominio público, antes de tiempo, el descubrimiento de todo aquello.

El profesor Sidney reprimió un estremecimiento al mirar de cerca el cuerpo tendido.

—Y bien —habló con voz vacilante—, ¿con qué arma fue golpeado?

—Desde luego fue con un objeto contundente —afirmó Kent—. El frontal fue destrozado por el golpe. He intentado descubrir el arma, sin conseguirlo. ¿Vio usted algo, Von Slipemberg?

El aludido pareció despertar de un sueño repentinamente.

—No —respondió—. Oí el grito y acudí presurosamente. No he visto otra cosa que lo que usted ha podido ver. Es incomprensible lo ocurrido.

Observó Kent que, mientras hablaba, el alemán mantenía los brazos a sus espaldas. ¿Sería posible que hubiese sido él? Mas si así era, ¿qué razones pudieron impulsarle?

—Hay que hacer algo —decidió—. Usted, Silverton, junto con el profesor Sidney, podrían hacer un reconocimiento por el campamento a ver si descubren rastros de algún intruso que pudiera haber penetrado en él. Nosotros —señaló a Von Slipemberg— quedaremos aquí junto al cadáver hasta que llegue la policía.

Sin más palabras salieron los dos hombres. Al momento volvió a entrar Silverton.

—¿Quién lo trajo? —preguntó señalando a la explanada.

Se refería al bloque transportado por Kent, y que permanecía en

el llano bajo los rayos del sol, despidiendo reflejos como una extraña gema.

—Perdone; fui yo. Olvidé decirlo. Decidí traerlo y ponerlo junto al otro. Abajo, en realidad, no existe razón para que estén. Voy a entrarlo.

Salió junto con Silverton y regresó solo transportando el otro bloque, el cual dejó junto al primero. Al terminar de hacerlo miró a Von Slipemberg.

Se hallaban los dos en pie en el centro de la habitación. La claridad del día lo inundaba todo, y la lámpara, que aún lucía, semejaba una mortecina pupila sostenida en el aire.

El rostro de Kent adquirió un leve velo de dureza. Su mirada se agudizó al fijarla en el rostro de Von Slipemberg.

—Sentémonos, si le parece —le dijo con voz helada—. Ahora estamos solos, y desearía hacerle unas preguntas.

—¿Preguntarme? —Von Slipemberg se mostró sorprendido—. ¿Algo referente a lo ocurrido?

—En parte, sí. Dígame, ¿qué tiempo faltó exactamente de este lugar?

Von Slipemberg pareció recapacitar mentalmente antes de responder.

—No podría precisarlo —manifestó con gesto de contrariedad—. Sólo sé que el doctor indicó su deseo de tomar una taza de café. Me ofrecí a hacerlo yo mismo, y salí. Cinco... diez minutos... No sé... Luego, todo sobrevino con la rapidez del rayo.

—Sí; desde luego. Y... ¿no oyó ningún rumor? Quiero decir, algo que pudiera ser producido por una lucha.

—No; nada de eso. Escuché tan sólo el grito proferido por el doctor.

Recapacitó Kent un instante, y, de pronto, disparó su pregunta:

—¿De qué provienen las manchas que aparecen en su manga?

Sorprendido, Von Slipemberg se miró ambas mangas a un tiempo. Al ver las manchas quedó mudo, sobrecogido, por un momento. Después, palideció intensamente y las observó con más atención.

Alzó el rostro con lentitud hacia Kent y sus ojos quedaron fijos, mirando profundamente al otro.

—¡Sangre! —musitó horrorizado. Parecía haber quedado anonadado. Reaccionó—: Parece sangre... ¡Por Júpiter! ¿Cómo explicarlo...?

Se volvió a mirar la manga manchada con gesto de auténtica consternación, mientras sus labios murmuraban palabras ininteligibles.

Kent le observaba en silencio. En realidad, Von Slipemberg mostraba hallarse confundido. Y si lo estaba fingiendo, era de reconocer que poseía aptitudes de comediante de primer orden. Parecía, sin embargo, hallarse entontecido por algo que le abrumara.

Mientras el alemán balbuceaba frases incoherentes, debido a su estupor, Kent se ponía en guardia. Esperaba la natural reacción del otro, y no podía imaginar cuál podría ser ésta. En un hombre que acababa de asesinar a un compañero indefenso y que había sido descubierto, eran de esperar distintas reacciones. Y, desde luego, todas peligrosas.

Inesperadamente, como un sutil chasquido metálico que quedara vibrando, algo penetró de súbito en el cerebro de Kent, anulando todos sus pensamientos e incluso perdiendo interés todo cuanto le rodeaba.

Es decir, todo no; sus ojos, como atraídos por irresistible imán, quedaron clavados en los bloques cristalizados que se hallaban a espaldas de Von Slipemberg.

Éste continuaba hablando, aturdido aún; pero sus palabras llegaban a oídos de Kent como un moscardoneo incomprensible y molesto. Sólo su cerebro percibía “aquello”; únicamente estaba atento a “aquello” que le llegaba. Y sus pupilas, inmóviles, penetrantes, sólo

percibían también a aquellas dos figuras grotescas y quietas, que clavaban en él, no obstante, sus ojos pequeños, vivaces y malignos, con reflejos esmeraldinos, como queriendo inundar su cerebro con algo demoníaco y desconocido.

Y, mientras tanto, le llegaba “aquello”. Era una sensación nunca jamás sentida; inexplicable y potente. Algo como si una voz interior, más bien desde “dentro de su cerebro”, fuera hablándole persuasiva y convincentemente. Lo peor de todo era que Kent estaba pendiente de ello; atento “totalmente”, y sabiendo que “obedecería en todo”.

Escuchó lo que le decía “su propia voz y en su propio cerebro”. No le importaban los gestos de Von Slipemberg intentando llamar su atención; ni su rostro alterado y pálido, cuando éste le cogió de la camisa y le zarandeó. Ni le importó tampoco cuando el alemán, con el rostro descompuesto por el asombro y tal vez por el terror, le soltó y salió precipitadamente de la habitación.

El sólo prestaba atención a aquellas pupilas verdosas fijas en las suyas, y a aquellas “palabras” que se filtraban en su cerebro.

—“Es inútil” —le decían—. “Inútil que trates de eludirnos. Eres nuestro y nos obedecerás”.

—Sí: obedeceré —murmuró Kent, estático.

—“Somos de otro planeta, y hemos llegado a éste por una avería de nuestra nave. Llegarás hasta ella y ayudarás a tu compañero a reparar la avería. Él ya se dispone a hacerlo. Corre. Ayúdale”.

Cesó “aquello”. Y Kent, como un autómata insensible, dio media vuelta, disponiéndose a salir.

—“Detente, ser de este mundo” —volvió a ordenarle “su propia voz”—. “Si alguien se interpone en tu camino, elimínalo. Ármate con algo y llévame contigo. Soy Gloob, el jefe”.

Y entonces ocurrió algo asombroso, aunque Kent, en el estado en que se hallaba, no pudiera darse cuenta de ello.

Avanzó hacia la mesa de Silverton y abrió, sin titubear, uno de los cajones. Cogió la corta y pesada barra de hierro que en él se hallaba,

y la empuñó firmemente. No vio -no podía verlo- que uno de los extremos de la barra estaba aún manchado de sangre fresca con algunos cabellos adheridos. La prendió en su cinturón, y luego, también sin titubeos, fue directamente al bloque que encerraba a Gloob, el jefe.

Nadie le había indicado dónde se hallaba la barra; ni menos aún quién era Gloob entre los dos individuos que allí se hallaban. Pero él lo “sabía”. Actuaba ahora guiado por una especie de sexto sentido que le orientaba. “Sabía” más cosas. Estaba en posesión de conocimientos de sucesos que estaban ocurriendo fuera de aquel lugar. Sin recordar nombres, pero sí “viendo” los rostros.

“Veía” que dos hombres estaban recorriendo la parte sur del campamento, empeñados en una inútil búsqueda. “Veía” que otro estaba recogiendo diverso instrumental en el departamento de herramientas, para reparar la avería de la nave aérea. Y “veía” también que ¡desde El Cairo! salía un automóvil conduciendo a una joven y tres hombres, y que venían en dirección al campamento.

Urgía obrar con rapidez. Algo profundo e insoslayable así se lo ordenaba.

Cargó con el bloque, el mismo que encerraba al individuo de las barras doradas, y corrió con él hacia la entrada de la cámara. Avanzó por el pasillo, donde resonaron sus pasos como acolchados golpes en un tambor. Llegó hasta la estrecha abertura que daba entrada a la cripta en donde continuaba el aparato.

De pronto, se sintió penetrado de nuevo por la personalidad de Kent, pero obedeciendo a “aquello” desconocido.

—¡Profesor Fitter! —llamó, y esperó anhelante.

Hasta la entrada llegó el profesor.

—¿Ocurre algo, Kent? —se mostró éste sorprendido—. ¿Trae de nuevo ese pedrusco? Creí verle pálido y alterado...

—No es nada, profesor. Ayúdeme a entrar esto.

Las ideas se sucedían rápidas en el cerebro de Kent. Entraría con

el profesor y luego esperaría la llegada de Von Slipemberg. Después...

Cuando terminaban de colocar el bloque en el interior de la nave aérea, apareció Von Slipemberg. Llegó sudoroso y jadeante, cargado de enseres y herramientas. Dejó en tierra lo que traía, y se dirigió hacia ellos sin pronunciar palabra.

—¡Vaya! —exclamó Fitter admirado—. También viene Von Slipemberg y dispuesto a trabajar, por lo que veo. ¿Alguna novedad?

En aquel momento Kent dejó de ser quien era para convertirse de nuevo en el autómata insensible. Los párpados de Gloob, que habían permanecido cerrados hasta aquel momento, volvieron a abrirse, y las fatídicas pupilas verdes de nuevo quedaron fijas en Kent. Y ya éste no era otra cosa que un esclavo autómata y obediente de "aquello" que ordenaba en su cerebro. Ya no recordaba nombres, sino rostros.

Vio, impasible, cómo el hombre que estaba con él avanzaba hacia el recién llegado, y a éste, enarbolar de improviso un martillo de hierro. Asistió insensible a la corta y feroz lucha que dejó en tierra a uno de ellos con el cráneo y el rostro horriblemente destrozados.

Entonces, el último llegado, le hizo un gesto. Kent se le aproximó, y, juntos, recogieron las herramientas que llevaron junto al aparato.

Fue un rápido y eficiente trabajo el que realizaron los dos. El fuerte de Kent no era, desde luego, la mecánica, ni aún sus conocimientos llegaban en esta materia más allá de lo elemental. Sin embargo, aquel hálito, aquel "algo" que le llegaba de fuera, iba como guiándole las manos y el cerebro en aquel trabajo de expertos.

Uno de los cuadros averiados pronto quedó reparado. Las pupilas de los seres inmóviles los seguían insistentemente en su tarea.

Al terminar, se volvió el hombre con rostro de ave de presa, y dijo lacónicamente:

—Ahora le toca a la cubierta superior.

Lo dijo como algo acordado previamente. Como si alguien, anteriormente, les hubiera encomendado aquel trabajo.

Se aplicaron a reparar la grieta producida en la materia transparente de color rojizo. De un recipiente que se hallaba en el interior de la astronave hicieron brotar un potente chorro de espuma roja, que cubrió la parte afectada. Obraban los dos sin ningún fallo, con la eficaz y contundente seguridad de unas máquinas. Sincronizados sus cerebros con las órdenes de “aquello”.

La pasta tardaba en solidificar, y entonces los dos hombres, poseídos de fuerzas sobrehumanas, libraron de tierra totalmente las partes aprisionadas del aparato.

Cuando lo consiguieron, se detuvieron sudorosos y jadeantes. Pero no parecían acusar cansancio ni extenuación.

Quedaron mirando a Gloob, que, desde la carlinga, parecía un grotesco fetiche, dueño, sin embargo, de las vidas y los actos de aquellos dos hombres. Sus verdes pupilas parecían brillar burlona y malignamente.

La voz de Kent habló nuevamente en su propio cerebro. Algo idéntico debía ocurrirle a su compañero, pues sus actitudes eran parecidas: atención profunda e inmovilidad hierática.

—“Pronto saldremos de este mundo” —decía la voz—. “Su atmósfera es mortal para nosotros. Ello es la razón de que todas las naves enviadas desde los más remotos tiempos no regresaran. Pero ésta ha sido conducida por Gloob, uno de los más expertos pilotos espaciales. Hubimos de utilizar nuestra envoltura de emergencia al romperse la cubierta de la carlinga. No había tiempo para otra cosa y quedamos prisioneros. Y aquí hemos aguardado hasta encontrar mentes apropiadas para dominarlas y para que nos ayudaran”.

Las pupilas verdosas de Gloob tuvieron como un destello de alegría.

—“Regresaremos a nuestro mundo. Podremos ahora inundar la carlinga con nuestra densa atmósfera, vivificante para nosotros. Pondremos en funcionamiento los potentes expulsores que nos librarán de la materia que aprisionaba a nuestro aparato, y saldremos al espacio libre. Tal vez a lo largo del tiempo otras naves de nuestro

mundo lleguen hasta aquí. Pero vendrán preparadas. Estos vuelos sólo son de estudio e investigación”.

Tras una larga pausa, la voz habló de nuevo.

—“Acércate” —dijo. Y Kent “supo” que sólo se refería a él—. “Presiona el resorte azul”.

Saltó Kent al interior de la carlinga y avanzó hacia un cuadro de mandos. Sin la menor duda hizo accionar un resorte. Un potente silbido inundó la cabina, y un gas brumoso y verde comenzó a inundarla.

—“Mueve esa palanca y salta pronto fuera” —le ordenaron.

Así lo hizo Kent. Al accionar la palanca, la compuerta recién reparada y cuya pasta ya había solidificado, comenzó a bajar lentamente. Le dio tiempo a sallar al exterior y contemplar cómo quedaba encajada, cerrando herméticamente la cabina de pilotaje. Tanto él como su compañero quedaron mirando al interior como hipnotizados. La bruma verde lo inundó todo, pero conservaba cierta transparencia, por lo que podían verse los objetos encerrados en su interior, que quedaban, empero, algo inconcretos.

Los bloques cristalizados comenzaron a empequeñecer. Lo hacían rápidamente, y pronto las figuras encerradas en ellos empezaron a moverse lentamente, desprendiéndose los últimos gelatinosos fragmentos.

Quedaron al fin libres y se movieron en el interior. Caminaban lenta y pausadamente, con algo de ondular suavísimo que hacía imaginar que flotaban. Llegaron hasta el transparente y quedaron contemplando a los dos hombres inmovilizados.

Otra vez resonó “aquello” en el cerebro de Kent.

—“Recoge a nuestro compañero” —la voz era perentoria—. “Introdúcelo en la cámara de seguridad”.

Una cavidad circular quedó abierta, como por encantamiento, en la parte metálica de la nave.

—“Hazlo pronto. Y si alguien intenta impedirlo, elimínalo. La energía acumulada que poseemos en nuestro aparato está en perfectas condiciones y proviene del astro incandescente. Podemos partir de inmediato. Si hubierais intentado liberar esa energía acumulada en la parte baja de la astronave, este lugar habría sido asolado por la explosión. Y ahora, obedece”.

Musitando un “sí” imperceptible, Kent se dispuso a salir de la cripta.

Como una estatua quedó allí la figura de Von Slipemberg, bajo la maléfica influencia de aquellos enigmáticos seres llegados de otro mundo.

CAPÍTULO X

Momentos de terror

Cuando Kent desembocó en la explanada, al salir al exterior, vio a lo lejos, juntó a las instalaciones y ante el pabellón de Silverton, un grupo de hombres que hablaba animadamente. Próximo a ellos se hallaba un automóvil.

Avanzó hacia ellos guiado por aquel impulso desconocido. Tenía una importante misión que cumplir. Debía rescatar al tercer individuo que se encontraba en el pabellón y reintegrarlo a la nave espacial. Nada ni nadie podría impedírselo. Y si lo intentaban...

Kent empuñó la barra de hierro que llevaba sujeta al cinturón. El rostro se le contrajo y la mirada se le agudizó, adoptando todo él un aire terrible y decidido. Quien tratara de impedirle la realización de su misión sería eliminado. Así lo habían ordenado “ellos”.

Ya sólo le faltaban unas yardas para llegar al grupo cuando los componentes del mismo se volvieron para mirarle. Uno de los hombres se adelantó vivamente a su encuentro, seguido por una joven rubia. Y, de pronto, aquel estado de pasmo en que se hallaba sumido Kent desapareció. Aquella sensación de ausencia, de lejanía, de automatismo dirigido, cesó como si algo lejano actuara sobre él. Y

volvió a ser el James Kent de antes. Reconociendo rostros y recordando nombres; teniendo de nuevo la facultad de coordinar sus propios pensamientos y sensaciones.

Sí; todo ello ocurrió en un segundo. Pero Kent “sabía” que seguía sujeto al mandato oculto. Que aquella libertad de sus facultades no era otra cosa que una artimaña para no despertar sospechas entre los demás. Mas “debía” cumplir su misión de rescate. Seguía esclavo; su cerebro continuaba supeditado a aquel ente diabólico que le dirigía.

Volvió a prender la barra en el cinturón y estrechó la mano que le tendía el hombre que se le aproximara. Era Benselaki. Ahora le reconoció Kent perfectamente. Y, tras el egipcio, se hallaba Elisabeth, mirándole ansiosamente con una expresión de extrañeza e inquietud.

Algunos de los restantes también fueron reconocidos por Kent. Silverton, Sidney y dos de los vigilantes de la entrada. Otros dos hombres armados le eran desconocidos. Se trataba, sin duda, de los agentes que acompañaron a Benselaki.

Éste le hablaba con precipitación.

—¿Qué ocurrió, señor Kent? La señorita Silverton nos dio cuenta de haberse cometido un homicidio en el campamento. En efecto, así lo hemos comprobado. El profesor Sabahi me encomendó le dijera que obre usted con absoluta autonomía al frente nuestro. ¿Y Von Slipemberg? —preguntó, bajando la voz—. Es un impostor. No es arqueólogo ni nada parecido. Se trata de un científico espacial de no muy limpio historial. ¿Dónde se encuentra?

Ante la avalancha de palabras, Kent quedó aturdido. Reaccionó seguidamente.

—Cálmese, Benselaki —dijo—. Todo quedará aclarado. Déjeme ahora trasladar a la astronave el bloque que queda en el pabellón.

—¿Trasladar qué...?

—Apártese; ya le explicaré.

Atónito, Benselaki marchó junto a Kent, sin borrarse de su rostro la expresión de estupor. Evidentemente le asombraba la pasividad

mostrada por Kent.

Elisabeth también se unió a ellos.

—James —le dijo con voz temblorosa—. Todo esto es terrible. Le veo muy pálido y con un algo extraño, desconcertante. ¿No le ha ocurrido nada?

—Nada en absoluto, Elisabeth —respondió Kent con voz helada y ausente, mientras caminaba, sin mirar a la joven—. Es necesario llevar pronto ese bloque abajo. Luego les explicaré ciertos detalles.

Ya estaba a punto de alcanzar la puerta del pabellón, cuando se le interpuso Silverton.

—Un momento, Kent —hablaba ásperamente—. Creo tener derecho a una explicación. El profesor Sidney y yo salimos a reconocer el campamento. Al regresar encontramos esto abandonado. Instantes después llegaron mi hija, Benselaki y estos policías... ¡Por San Jorge! ¿Puede explicarme qué demonios ocurre aquí? ¿Dónde está Von Slipemberg? Y usted, ¿dónde ha estado metido?

Con un movimiento de la mano cortó Kent las preguntas de Silverton.

—Ya lo sabrá usted a su debido tiempo —le aseguró—. Ahora tengo necesidad de trasladar urgentemente ese bloque.

—¿Ese bloque? ¿Para qué? —quiso saber Silverton, estupefacto.

—¡Basta de preguntas idiotas! —estalló Kent en un acceso de furor contenido hasta entonces—. ¡Apártese, digo!

Al decir esto separó bruscamente a Silverton de su camino. Éste quedó sobrecogido, al igual que todos los presentes, por la dureza con que actuó Kent. Pero no era Silverton hombre que tardara mucho tiempo en reaccionar.

Sujetó a Kent de un brazo, cuando ya éste se disponía traspasar el umbral, y de un brusco tirón le hizo dar media vuelta hasta quedar enfrentado a él.

—¡Soy el jefe de este campamento! —bramó con voz atronadora

—. Me debe una explicación, ¿entiende? Y quiero saber qué es lo que pretende... ¿O es que se ha vuelto loco?

Al verse así interpelado y detenido en lo que "debía" realizar, los ojos de Kent tuvieron un rápido destello de furia homicida.

Fue sólo una fracción de segundo; pero Silverton, en sus andanzas a través de todos los lugares del Globo, había aprendido a distinguir este destello en los ojos del hombre que se dispone a matar.

Con inesperada agilidad, dio un veloz salto que le alejó de Kent unos pasos. A ello debió la vida.

Porque la barra de hierro, enarbolada de improviso y con firmeza por Kent, trazó una feroz curva en el aire buscando el cráneo de Silverton y no hallando más que el vacío.

La sorpresa dejó a todos paralizados. Benselaki palideció intensamente, y su moreno rostro adquirió un tinte por demás curioso. Elisabeth ahogó una exclamación de horror.

Y, mientras Kent penetraba rápidamente en el pabellón, Benselaki, ya recuperado, ordenaba a los agentes con voz de estridencias metálicas:

—¡No disparen! ¡Déjenlo! ¡No disparen!

Y abrió los brazos para impedirles la entrada al pabellón. También Silverton pugnaba por entrar, mientras apostrofaba a Kent.

—¡Maldito traidor! ¡Él asesinó a Castle!

Todo ocurrió rápidamente. Los agentes contenían a Silverton, cuando Benselaki penetró en el pabellón. Empuñaba una pistola. Sus negros ojos brillaban intensamente cuando conminó a Kent:

—¡Quieto o disparo!

Kent se hallaba de espaldas, próximo al bloque cristalizado y disponiéndose a cogerlo. Al oír la voz quedó inmóvil unos instantes, y luego, moviéndose lentamente, comenzó a volverse.

Un escalofrío recorrió a Benselaki al ver el gesto asesino que crispaba aquella faz. Incluso la mirada era fría, inexpresiva,

desconocida y peligrosa.

—¡No se mueva! —ordenó, avanzando un paso.

Kent se agazapó como una fiera dispuesta a saltar. La mano que empuñaba la pistola que lo encañonaba tembló perceptiblemente.

Aquel soplo de tiempo parecía haber sido previsto por Kent. Con un salto felino, su puño voló raudo buscando la mandíbula del egipcio. Éste, milagrosamente, pudo esquivarlo. Pero aquello le obligó a perder su actitud alerta y su ventajosa posición.

Rápido como el pensamiento, Kent le desarmó de un fuerte puntapié en la mano. Una vez conseguido esto prendió del cuello a Benselaki tratando de estrangularlo.

Lucharon sordamente. Con los ojos desorbitados y el rostro congestionado, el egipcio trataba de zafarse de la presa mortal. Pero Kent poseía mayor fuerza que su contrincante.

Al rumor de la lucha, asomó en la puerta la cabeza de uno de los agentes. Al ver la escena, apuntó rápidamente a Kent con la metralleta, dispuesto a disparar.

Benselaki, en un supremo y desesperado esfuerzo, logró tumbar de costado a Kent, sin que éste soltara el cuello de su adversario. Más el egipcio logró gritar roncamente, dirigiéndose al agente:

—¡No dispare! ¡Ayúde... me!

El agente quedó indeciso, y en aquel momento Elisabeth entró rápida y prendió con sus manos el cañón de la metralleta que éste empuñaba, impidiéndole utilizarla para golpear con ella a Kent, según ya se disponía.

La lucha entre los dos hombres continuaba. Kent era mucho más fuerte que Benselaki, pero éste nervioso y ágil, poseía la dureza y flexibilidad de un cable de acero.

En uno de los movimientos consiguió flexionar las piernas y apoyar los pies en el vientre de Kent. Disparó las extremidades como una ballesta y lanzó lejos de sí a su antagonista.

Cayó Kent de espaldas a unos pasos lejos de Benselaki, y, al tratar de incorporarse, su mano, inconscientemente, quedó apoyada en el bloque. Y éste aún permanecía intercalado en el circuito eléctrico...

Un aullido infrahumano brotó de la garganta de Kent. Un espasmo horroroso pareció sacudirlo, estremeciendo su rostro en una horrible crispación, antes de caer a tierra desvanecido.

Al verle así exánime, Benselaki se incorporó acercándose a él.

—¡Desconecten la corriente! —ordenó.

Mientras uno de los agentes corría a cumplimentar la orden, Elisabeth, temblorosa, al igual que Benselaki se arrodilló junto al cuerpo del inanimado Kent.

Cuando Kent recuperó el conocimiento lo primero que vio fue el rostro de Elisabeth reflejando una terrible inquietud. Junto a ella se hallaba Benselaki mirándole profundamente.

No tenía idea Kent del tiempo transcurrido desde que quedó inconsciente. Sólo recordaba que su cuerpo sufrió una fuerte sacudida de la corriente eléctrica.

Recordó como un sueño que él había estado obedeciendo a “algo” que le ordenaba. “Aquello” había desaparecido por completo. Él no podía relacionar la descarga eléctrica con la desaparición súbita del maligno influjo, pero tal vez se hubiese debido a aquello.

Ahora notó la agradable sensación de ser dueño absoluto de sus actos y reacciones. Rápidamente desfilaron por su imaginación las imágenes de todo lo ocurrido. Rememoró la muerte del doctor Castle; las manchas de sangre en el traje de Von Slipemberg, y, posteriormente, el ataque de éste a Fitter hasta dar con él en tierra.

¡Santo Dios! Y él mientras tanto, ¿qué hacía? Trató inútilmente de recordarlo. Vagamente le llegaban reflejos perdidos de que él estuvo realizando, junto con Von Slipemberg, algunos trabajos en la astronave. No podía concretar cuáles fueron tales trabajos. Parecía como si una densa bruma envolviera su cerebro en todo cuanto

intentaba indagar referente al tiempo que estuvo bajo la sugestión de “aquello”...

Sentía aún aturdido el cerebro por la rápida sucesión de los acontecimientos. La voz de Benselaki le hizo prestar atención a lo que le decía.

—¿Se encuentra mejor, señor? ¿Le pasó el acceso?

Kent quedó sentado con gesto de hombre aturdido. Se pasó una de sus manos por el rostro como queriendo intentar barrer aquellos encontrados pensamientos.

—Estoy bien, Benselaki —respondió lentamente—. ¿Cómo llegó hasta aquí?

El interpelado reprimió un gesto de sorpresa, pero respondió con voz serena:

—La señorita Silverton llegó a buscarme. Me dijo que usted la enviaba porque habían cometido un homicidio en el campamento.

—¡Ah! ¡Sí! ¡El doctor Castle! —exclamó Kent, de improviso animado, poniéndose en pie nerviosamente. Todo su anterior aturdimiento parecía haber desaparecido. Volvió a ser el hombre de rápidas decisiones, al decir—: ¡El doctor Castle fue muerto! ¡Pronto, Benselaki! ¿Y Von Slipemberg? ¡Él fue!

Quedó un momento indeciso. Los pensamientos le acudían atropelladamente. Habló con excitación.

—¡Acudan rápidos a la cámara! Vayan armados. Von Slipemberg se encuentra allí y atacó también al profesor Fitter. Me temo le haya dado muerte. Actúa bajo un influjo extraño a él mismo. No es dueño de su voluntad. Es tan sólo un autómata que obedece las órdenes de “ellos”.

Benselaki miró rápidamente a la asombrada Elisabeth. Evidentemente dudaban de la cordura de Kent.

—¿De “ellos”? —preguntó Benselaki por preguntar algo, tan sorprendido se hallaba—. ¿Quiere decir que hay otras personas

extrañas en el campamento?

—Sí. Los tripulantes de la astronave enterrada. Los seres que estaban en el interior del “Pájaro de Fuego”, como usted lo llamaba.

—¡Oh! —exclamó Benselaki, mientras a su rostro asomaba un color terroso—. ¡Estaba tripulada! ¿Seres vivos?

—Vivos y peligrosos. ¡Corra, Benselaki! Vayan armados y disparen sin contemplaciones. Tratan de huir. Si Von Slipemberg intenta impedirles a ustedes que actúen... disparen sobre él. Es un peligroso ejecutor de las órdenes que le transmiten. Un asesino inconsciente a las órdenes de “ellos”.

Silverton había penetrado en el pabellón y oído las últimas palabras de Kent. Con una exclamación de furor salió de improviso, y, arrebatando la metralleta que sostenía uno de los agentes, corrió hacia la entrada de la excavación, gritando:

—¡Seguidme! ¡Ese maldito demonio no volverá a asesinar a nadie!

El agente desarmado corrió tras Silverton para recuperar su arma, y su compañero le siguió empuñando la otra metralleta.

En un instante, la anterior pasividad dio paso a una actividad belicosa.

Benselaki, llevando empuñada la pistola, siguió tras los pasos de los que acababan de penetrar por la entrada.

Tanto Sidney como los dos guardianes del campamento tuvieron un momento de indecisión, hasta que, como puestos de acuerdo repentinamente, se lanzaron también tras los primeros.

Cuando el último de ellos desaparecía en la boca del túnel, Elisabeth preguntaba a Kent con un trémolo de inquietud en la voz:

—¿Se encuentra bien, James?

Él la miró profundamente. Trató de sonreír para darle ánimos y sólo le salió al rostro una amarga mueca.

—Me encuentro bien, Elisabeth. Ojalá no haya cometido ninguna

locura durante mi... inconsciencia.

Y ella no le comprendió completamente. Únicamente sospechó algo cuando Kent, al dirigir la mirada al bloque petrificado, tuvo como un feroz soplo que dio a su rostro un rictus de rabia incontenible.

—¡Malditos! ¡Malditos! —exclamó furioso.

En un salto llegó hasta el bloque y lo alzó en sus manos. Llegó con él hasta la puerta y con un terrible impulso lo lanzó lejos.

Aquella materia rebotó sordamente al caer y rodó un trecho, hasta quedar inmóvil. El individuo encerrado en ella quedó con la cabeza hacia abajo.

Visto a aquella distancia semejaba un diminuto saltimbanqui, grotesco y absurdo, realizando una cómica pirueta.

CAPÍTULO XI

Los guardianes de la tumba

Las rápidas zancadas de Silverton resonaron en la cámara como un ronco redoble de tambor. Sus manos engarfaban la corta metralleta con sombría decisión, y a su rostro asomaba una expresión fría, resuelta y feroz.

Al penetrar en la cámara lateral y dar vista a la entrada del hueco en que se hallaba el artefacto aéreo, se detuvo cauteloso. En aquella puerta accidental estaba encuadrada la figura de Von Slipemberg.

Tras Silverton resonaban los precipitados pasos y las voces de sus seguidores. Llegaron instantes después, y quedaron junto a Silverton sin decisión para desposeerle de la metralleta que éste arrebatara al guardián.

Todos guardaron silencio y siguieron la fija mirada de Silverton hasta descubrir a Von Slipemberg. Éste cubría la entrada, con las piernas separadas y una actitud evidentemente decidida y hostil.

Fue Silverton quien rompió aquel silencio, diciendo con voz que atronó la cámara:

—¡No haga el tonto, Von Slipemberg! Entréguese sin lucha y será mejor. Somos muchos.

La respuesta del alemán fue extraer una pistola y encañonar al grupo.

—¡Cuidado! —advirtió Silverton retrocediendo lentamente unos pasos, mientras se agazapaba en actitud de disparar.

Hubo un silencio denso, sobrecogedor, seguido por un precipitado movimiento de los componentes del grupo para ponerse a salvo de los disparos.

Benselaki apuntó fríamente con su automática en dirección a Von Slipemberg, dispuesto a hacer fuego. Mas un gesto de Silverton le contuvo.

Prestaron atención y oyeron algo parecido a un vibrar agudo y continuado, que brotaba de la cavidad a espaldas de Von Slipemberg. También percibieron el intenso halo luminoso de color verde claro que inundaba aquel lugar.

La voz de Silverton sonó de nuevo en tono conminatorio:

—¿Está loco, Von Slipemberg? ¡Ríndase de una vez! ¡Dispararemos si no lo hace!

Realizó un amago de avance hacia el alemán, y éste, afirmándose en su posición, se inclinó un tanto y disparó rápido. Una, dos, tres veces...

La agilidad de Silverton le salvó por segunda vez aquel día de una muerte cierta. Los proyectiles silbaron agudamente junto a su cabeza como insectos mensajeros de muerte.

Se lanzó Silverton de bruces sobre la arena y los demás le imitaron. Benselaki disparó varias veces en dirección a la puerta, y Von Slipemberg se ocultó a medias tras el muro.

El vibrante sonido del interior se incrementó poderosamente, y la cámara toda retembló intensamente.

—¡Maldito! —masculló Silverton apuntando hacia aquel lugar—.

¡No habrá cuartel para ti!

Tableteó isocronamente su metralleta, secundada por la del otro guardián y por los disparos más espaciados de Benselaki. Saltaron esquirlas del muro junto a la cabeza de Von Slipemberg, más ningún proyectil le acertó. Éste se ocultó rápidamente, disparando hacia el grupo cada vez que hallaba ocasión propicia sin exponerse demasiado.

El tiroteo se generalizó, y los ecos de la cámara multiplicaban los estampidos con fragor de trueno lejano

—Benselaki —ordenó Silverton quedamente—, trate de deslizarse hacia la derecha con el otro guardián. Yo cubriré el movimiento. Una vez se sitúen, yo lo haré por la izquierda. Traten de apoyarme mientras avanzo.

En silencio, Benselaki hizo señas al guardián armado para que le siguiera. Silverton disparaba continuamente para apoyar el avance.

Von Slipemberg, empero, se dio cuenta de la maniobra y se descubrió temerariamente para poder disparar mejor sobre los dos hombres, dándose cuenta de lo peligroso que resultaría para él que le atacaran por ambos lados.

Hizo tres rápidos disparos y se ocultó de nuevo. Uno de ellos alcanzó al guardián en un brazo y éste lanzó un aullido de dolor. Benselaki le ayudó a ponerse a cubierto y recogió la metralleta de manos del herido. Prosiguió solo reptando hasta quedar bien situado.

Entonces comenzó a disparar rabiosamente mientras Silverton corría a su vez a ocupar la posición que se había asignado previamente.

En aquel momento algo comenzó a sonar en el interior de la cámara que la estremeció continuada y violentamente. Era un sonido sordo, potente, con trepidación de máquina perforadora. Un fragor de pedruscos desprendidos en el interior del socavón llenó todo el ámbito de la cámara, obligando a todos a prestar gran atención hacia aquel lugar. El propio Von Slipemberg pareció por un instante quedar

sorprendido y sobrecogido al volver la cabeza hacia el interior.

Un polvo denso y amarillento comenzó a inundar la cámara haciendo el aire irrespirable. Provenía del socavón, en el que algún poderoso mecanismo era evidente que trataba de abrir paso a través de la tierra.

La sorpresa de Von Slipemberg, que se hallaba tan cercano al invisible instrumento, iba en aumento a medida que avanzaba el trabajo que él solo podía ver. Algunas piedras de gran tamaño rebotaron a su alrededor, desprendidas indudablemente de la parte superior, y con el riesgo de herirle de cuidado.

Aquella sorpresa le perdió. Al verle al descubierto, Benselaki aprovechó oportuna y eficazmente el instante. Ladró su metralleta por dos veces...

El cuerpo del alemán pareció erguirse en el centro de la entrada, envuelto en el intenso resplandor que fluía del interior. La pistola se desprendió lentamente de su mano que había quedado rígida, crispada. Una nueva ráfaga, esta vez de Silverton, le dio de lleno, y entonces su cuerpo se dobló por la cintura como un tronco partido.

Tan sólo una fracción de segundo bastó para que cayera de bruces, sacudido su cuerpo por espasmódicos movimientos. Instantes después quedó inmóvil.

—¡Adelante! —gritó Silverton, avanzando con cautela—. Aún queda alguien en el interior.

El rostro de Benselaki aparecía cubierto por un velo gris indefinible. ¿Terror? ¿Espanto? Era indudable que toda la supersticiosa fuerza de las leyendas de su país cobraban en su mente una intensa vida en aquellos momentos de incertidumbre y horror. Sin embargo, el valeroso egipcio intentaba sobreponerse a aquel influjo ancestral, y avanzó junto a Silverton con firme decisión.

Al llegar junto al caído cuerpo de Von Slipemberg, Silverton, sin inclinarse, le volvió con el pie. El rostro del alemán aparecía manchado de sangre y arena. Los ojos, trágicamente abiertos,

parecían interrogar al vacío sobre el terrible enigma que le rodeaba.

Rebasado el cadáver dieron unos pasos hacia el interior. Pero la sorpresa y el horror los contuvieron.

De la astronave, rodeada como por un halo verde luminiscente, brotaban dos haces dorados de luz tan potente, que parecían columnas compactas, sólidas. Semejaban girar vertiginosamente y convergían en un punto de la bóveda desmoronando la tierra y los pedruscos a su contacto terrorífico.

El intenso sonido vibratorio era insoportable en aquel lugar. Ensordecía y aturdía de tal modo que el cerebro se negaba a razonar.

Vio Silverton, pasmado, cómo el artefacto se había elevado unos palmos del suelo, estando, por tanto, suspendido en el aire.

Señaló a Benselaki tal fenómeno, y el egipcio, lívido hasta un extremo alarmante, asintió en silencio. Empero, venciendo el temblor nervioso que le dominaba, disparó con saña, con furor, como si estuviese poseído de locura.

A través de la carlinga transparente que cubría al aparato una confusa forma se perfiló unos instantes. Silverton ahogó un grito de estupor.

—¡Cielos! —exclamó sordamente—. ¡Son ellos! ¡Están vivos esos seres petrificados!

Pero no tuvo más ocasión para expresar su pasmo. Porque de un lugar de la carlinga brotó un vivísimo y fugaz destello que tuvo algo del trazo de una centella. Pareció envolver a Silverton, y éste quedó radiante, luminoso, “como si todo él estuviese incandescente”. Tan rápidamente como brotó se apagó el breve destello.

¡Y el horrorizado Benselaki vio desmoronarse a Silverton, o lo que quedaba de él, como una lluvia de ligeras pavesas!

A la par que los demás llegaban a aquella especie de cripta y contemplaban el final de la espeluznante escena, nuevos destellos brotaron de la mortal carlinga, abatiendo al guardián y al profesor Sidney. Aquello era más que lo que un cerebro humano podía

soportar. El temor supersticioso, junto a las reales y terribles escenas que estaba presenciando, hicieron tambalear la razón de Benselaki.

A la expresión horrorizada de su rostro dio paso un gesto insensible, ajeno a todo, en el que tan sólo los ojos brillaban extraña y diabólicamente.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —rió espantosamente, sin alegría—. ¡El "Pájaro de Fuego" defiende la tumba! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Yo, Benselaki, lo abatiré! ¡Yo acabaré con él!

De unas zancadas llegó temerariamente junto al aparato. Tal vez aquello le salvó de momento al quedar a cubierto en el ángulo muerto de los mortales disparos.

Una lluvia de tierra y piedras caía sobre él. La nave aérea iba elevándose paulatinamente a medida que perforaba el techo. Evidentemente la intención de sus ocupantes era abrir una brecha lo suficientemente ancha como para salir al exterior.

Benselaki quedó bajo la astronave, sirviéndole ésta de escudo. Disparó totalmente el cargador sobre la parte metálica que tenía sobre él y, al agotar las municiones, arrojó la metralleta lejos de sí. Entonces empuñó la automática.

El fragor era espantoso. Al potente vibrar del artefacto se unía la ensordecedora acción de sus rayos perforadores y la lluvia de tierra y piedras sobre la armazón metálica. Y sobre todo ello, atroces, estremecedoras, las espeluznantes carcajadas del egipcio demente.

Tal vez uno de aquellos alocados disparos hiciera blanco en el lugar vital de la astronave; aquél en que se hallaba acumulada la energía desconocida a que hiciera mención Gloob, el jefe.

Una lumbrarada más brillante e intensa que cuanto pudiera expresarse inundó el hueco con un hálito cálido, abrasador, deslumbrando de tal forma a Benselaki que éste se arrojó a tierra con un alarido, al sentir quemadas sus retinas.

No tuvo tiempo de tener conciencia de ello. Porque instantáneamente un horrísono fragor le envolvió, triturando sus

huesos como si hubiera sido apresado por una garra diabólica e inexorable.

Y ya no sintió nada el desgraciado Benselaki...

CAPÍTULO XII

Causas desconocidas

En el exterior, Kent, tras haber arrojado el bloque petrificado quedó como anonadado.

Elisabeth, en silencio, le contemplaba presa de extraños temores. El rostro de la joven se hallaba pálido, y aun cuando el temor la acosaba, procuraba mostrar entereza no dando prueba de ello.

Se acercó suavemente a Kent y le prendió de un brazo.

—Vamos, James —le dijo dulcemente—. Alejémonos de aquí. Tal vez un ligero paseo le despeje algo. Venga, lleguemos hasta aquellos árboles.

Como un autómata se dejó Kent llevar por la joven. La sucesión de los terribles acontecimientos le tenían aún como entontecido. Lentamente, su cerebro intentaba centrarse, coordinar las ideas todavía confusas, darles orden, razonar fríamente, en fin.

Más no le era posible. Como algo muy lejano, perdido en el tiempo, veía el rostro ensangrentado del doctor Castle; la mancha de sangre en la ropa de Von Slipemberg... Atropelladamente se sucedían las imágenes. El rostro del alemán, con expresión satánica, le sonreía cínicamente, y le mostraba la barra de hierro con algunos cabellos adheridos. “Ahora será a ti”, le decía. “Y luego, Elisabeth”. Desaparecía el rostro girando vertiginosamente, y luego volvía a aparecer más feroz aún. “Primero, tú; luego, Elisabeth”, repetía. “Tú y Elisabeth. Moriréis los dos”...

—¡No! ¡No! —gritó Kent, extendiendo el brazo como para aprisionar algo invisible—. ¡Ella no! ¡Ella no!

Elisabeth, caminando junto a él, le miraba sobrecogida.

—Cálmese, James. Estamos solos ¿comprende? Ningún peligro nos amenaza. Trate de calmarse.

—¡Ella no! ¡Ella no! —murmuraba Kent monótonamente, como hablando con alguien invisible.

—¿Quién es ella? —le preguntó Elisabeth suavemente.

—¿Ella? —murmuró Kent con aire ausente—. ¿Quién es ella...?

Nuevamente la visión de Von Slipemberg se le apareció. "Morirá", le decía. "Ella morirá".

—¡No, maldito! ¡No lo harás! —gritó de nuevo Kent—. La amo ¿entiendes? ¡Amo a Elisabeth! ¡Impediré que la dañes, asesino del diablo!

Se dejó caer sentado al pie de un árbol enano, en el mismo lugar en que tuviera con Elisabeth la primera entrevista.

Su aire perturbado acongojaba a la joven profundamente. No sabía qué hacer en aquella situación. Comprendía que los sucesos habían actuado en el cerebro de Kent como un mazazo imprevisto. Y ahora acusaba los resultados.

Se sentía anonadada. Trataba de sobreponerse a la angustia que sentía. Le era necesario no perder la serenidad. También le preocupaba la ausencia de su padre. Sabía que habían marchado en persecución de Von Slipemberg, y temblaba interiormente por los resultados del encuentro...

Se sentó junto a Kent, silenciosa, en actitud solícita. Algo infinitamente grato la inundaba interiormente, pese a lo angustioso de la situación. Él había dicho que "amaba a Elisabeth". Sí. No cabía duda de que se refería a ella. Y trataba, en su desvarío, de defenderla de un peligro imaginario que la amenazaba.

Se sentía extrañamente enternecida y feliz. Ella también estaba influenciada por una irresistible atracción hacia aquel hombre. La había impresionado desde el principio. Y ahora...

Apoyó una mano dulcemente sobre el brazo de Kent y éste se

estremeció perceptiblemente.

—James —murmuró ella—; es necesario que reaccione. Deseche inquietudes. ¿Se siente mejor?

—Sí; estoy mejor. —Parecía, en efecto, que la crisis cedía. Se incorporó—. Gracias, Elisabeth —dijo, con voz perfectamente normal.

Quedó mirando a lo lejos, en dirección a la entrada de la excavación.

—Convendría intentar... —comenzó a decir.

La mano con que señalaba en la dirección de la entrada quedó inmóvil, y las palabras no llegaron a salir de sus labios. También Elisabeth, atemorizada, se había incorporado con presteza.

—¡Oh! ¿Qué es eso? —preguntó, alarmada.

Un rumor sordo y potente se oía en la distancia. Algo como un leve temblor subterráneo conmovió el terreno, llegando en su vibrar hasta ellos. Y aquel rumor se incrementaba paulatina y regularmente.

—Parece en la cámara... —musitó Kent.

—Sí; de allí proviene —confirmó ella, temerosa, estrechándose junto a él—. ¡Oh! Y todos se encuentran allí...

—Hemos de averiguar qué ocurre —decidió Kent.

Cogió de una mano a Elisabeth disponiéndose a marchar.

Pero en aquel momento algo le inmovilizó. El fragor cesó unos segundos para luego, con potencia desconocida, resonar comprimido, con tal aterradora violencia, que ambos se tambalearon.

Trepidó el subsuelo, abriéndose grietas en la tierra como en un terrible terremoto. Cayeron los dos por tierra por la violencia del movimiento.

Y medio incorporados, vieron, espantados, cómo la tierra, en el lugar bajo el cual se hallaba la tumba enterrada, parecía adquirir vida, hervir, hasta estallar en un verdadero volcán de piedras y grava envuelto en una intensa llamarada blanca.

Toneladas de tierra y piedras de gran tamaño fueron lanzadas al aire con gran violencia, y al caer por aquellos contornos parecía que el cielo, irritado, quisiera sepultar a todo ser viviente.

Uno de aquellos cascotes golpeó a Kent en la cabeza, segundos después de que oyera el grito angustioso lanzado por Elisabeth.

Luego, los dos cuerpos inconscientes fueron cubiertos por la tupida lluvia de tierra que caía, hasta que quedaron casi sepultados.

Una estampa de desolación semejaban aquellos lugares, batidos tan horriblemente por la explosión de energía desconocida.

Y hasta la atmósfera, enrarecida, perdió su diafanidad, mostrando sombríos y sangrientos tonos en aquel paraje asolado.

En toda la extensión que cubriera el campamento tan sólo quedó un ancho y profundo cráter humeante de bordes ennegrecidos. Ni el más ligero vestigio de la tumba enterrada había quedado después de la explosión que lo deshizo todo.

* * *

Meses después, aún con un brazo en cabestrillo, se hallaba Kent junto a Elisabeth en el mismo aeródromo de El Cairo a donde llegara algún tiempo antes. Junto a ellos se hallaba el prestigioso profesor Sabahi que había ido a despedirlos, por mostrar para con Kent una deferencia que creía merecida.

—Adiós, señor Kent —le dijo estrechándole la mano—. Celebraré que termine pronto de restablecerse. Mi Gobierno y yo, personalmente, le quedamos muy agradecidos. Nunca será olvidado por nosotros.

—Gracias, profesor —replicó Kent—. No he hecho otra cosa que intentar cumplir lo acordado. Lamento el triste final que ha tenido la empresa. Y le reitero la promesa de que la realidad de lo ocurrido quedará entre nosotros.

En los vivaces ojos del profesor brillaba una chispa de emoción. Se volvió hacia Elisabeth y le estrechó también la mano.

—Señorita; ha sido muy de lamentar el triste fin de la misión —dijo. Y luego agregó, con algo enigmático en la mirada—: No hay que olvidar que existe algo superior a todo y que rige nuestros destinos. Y a veces los hombres llegamos a olvidarlo... De todas formas —prosiguió, cambiando de tono—, deseo sinceramente toda clase de felicidades para usted y... para su futuro esposo.

Un ligero azoramiento apareció en el rostro de Kent.

—¿Sabía usted, profesor, que nos habíamos prometido?

—No, hasta ahora. ¡Qué grata sorpresa! —las arrugas parecieron multiplicarse en el noble rostro, mientras lo iluminaba algo bondadoso y burlón a un tiempo, al agregar—: Pero, querido señor Kent, ¿cree que a un anciano pueden pasarle desapercibidas ciertas... atracciones?

—Le comunicaremos la fecha cuando sea fijada —le prometió Kent.

—Ojalá pudiera estar presente. Aunque así no sea, mi recuerdo estará con ustedes.

El megáfono del aeropuerto lanzó su aviso:

“Viajeros para Londres, pista segunda. Preparados”.

Un último saludo, y Kent marchó con Elisabeth hacia la pista indicada.

Al pie del avión se detuvieron y alzaron los brazos en ademán de saludo al profesor. En el rostro de Elisabeth aparecía una sombra de tristeza, que quedó barrida por la radiante sonrisa que entreabrió sus labios al mirar a Kent.

—Ya partimos, querida —le dijo éste—. Estoy ansiando tener el brazo sano para poder abrazarte.

—Y yo también, James —le replicó ella con un gracioso mohín—. Para que lo hagas muy fuerte. Estoy segura que seremos muy felices...

El rugir de los motores ahogó sus últimas palabras, y entonces

ascendieron la escala.

En el atardecer de tintes anaranjados, el avión semejaba un zumbador insecto alejándose de El Cairo.

Y en los periódicos aún aparecían algunas postreras noticias del trágico fin de la misión Silverton... “por causas desconocidas”.

F I N

J A I M I T O

la publicación infantil más graciosa e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SELECCIONES DE JAIMITO

un extraordinario con

36 PÁGINAS

Rebosantes de historietas cómicas, chistes, aventuras y pasatiempos, seleccionados para diversión y recreo de los lectores.

UNA PUBLICACIÓN CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros.

ROBERTO ALCÁZAR Y PEDRÍN

De las misteriosas profundidades del espacio, un gigantesco cuerpo celeste llega para situarse en una órbita de satélite alrededor de la Tierra.

Mientras el mundo atemorizado tiene su vista puesta en el amenazador satélite artificial, un equipo de arriesgados cosmonautas se prepara para volar hasta aquella desconocida máquina con vistas a explorarla. La pregunta que inquieta al mundo es la misma que se proponen contestar los exploradores. ¿Está tripulada la nave del Espacio? ¿Por quién?

INTRUSOS SIDERALES

es la epopeya de un valiente grupo de astronautas de tres nacionalidades distintas, quienes, formando tres equipos diferentes y antagonistas, se disputan entre sí el privilegio de llegar los primeros... tal vez para ser los primeros en morir.

La carrera que empieza en la Tierra tiene por meta el aterrador enigma que encierra el casco metálico de aquella gigantesca esfera.

¿Qué alucinantes aventuras esperan a los cosmonautas en aquella astronave intrusa?

VAN S. SMITH

en un despliegue de la más arrebatadora fantasía, nos conduce a ese mundo artificial... tripulado por las criaturas más extrañas y más enigmáticas que se pudiera concebir.

Se publicará en el próximo número de la interesante Colección.

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: 6 pesetas